Henry David Thoreau

DESOBEDIENCIA CIVIL

Y OTROS TEXTOS

Prólogo de Pietro Ameglio y Gabriela Amor

Clásicos de la resistencia civil

La colección *Clásicos de la resistencia civil* expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

Clásicos de la resistencia civil

Desobediencia civil y otros textos

HENRY DAVID THOREAU

Desobediencia civil

y otros textos

Prólogo de Pietro Ameglio y Gabriela Amor



Thoreau, Henry David, 1817-1862

Desobediencia civil y otros textos / Henry David Thoreau ; prólogo de Pietro Ameglio y Gabriela Amor. - - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2014.
76 p. – (Clásicos de la resistencia civil; 8)

ISBN 978-607-8332-45-8 Colección
ISBN 978-607-8332-78-6 Obra

1. Thoreau, Henry David, 1817-1862 2. Desobediencia civil

LCC PS3051.C5 DC 818.3

DESOBEDIENCIA CIVIL Y OTROS TEXTOS
de Henry David Thoreau

De la colección
Clásicos de la resistencia civil

Colección dirigida por Francisco Rebolledo
Dirección de Difusión Cultural
Secretaría de Extensión de la UAEM

Cuidado editorial: Roberto Abad
Diseño: Araceli Vázquez Mancilla

ISBN: 978-607-8332-45-8 Colección *Clásicos de la resistencia civil*
ISBN: 978-607-8332-78-6

Contenido

Prólogo

1. Desobedecer lo inhumano como virtud[1]

Al resaltar esta parte central de la confrontación dentro de la acción noviolenta, que es la desobediencia explícita y pública a todo lo que el subordinado considera injusto, inhumano e ilegítimo, a primera vista parecería que se hace referencia a un término que se usa con frecuencia. En México habitualmente se asocian de modo indiscriminado los conceptos de resistencia civil, desobediencia civil y lucha noviolenta, siendo que hacen referencia a escalas muy diferentes de la confrontación, que los involucrados deben conocer bien, empezando por su seguridad y forma de *poner* el cuerpo; el adversario va a medir con mucho cuidado en cuál de esas fases de la lucha se está proponiendo la confrontación. La complejidad que tiene el desobedecer en este grado y amplitud, dentro de la cultura dominante, es grande. Mucho de esta forma de lucha ha sido explicitado en la época contemporánea por la experiencia gandhiana, sobre todo a partir de la emblemática "Marcha de la Sal" (marzo-abril, 1930) y toda la campaña que la siguió durante un año. Intentaremos desentrañar alguno de los desafíos y soluciones que Gandhi enfrentó, a partir de una reflexión inicial del contexto cultural universal acerca de la "obediencia".

Todo el orden social en que somos construidos desde la familia, la escuela, la política y en los demás aspectos de la vida, está articulado alrededor de un valor primordial, como afirma Juan Carlos Marín: "La obediencia anticipada a ejercer un castigo cuando una autoridad nos lo demanda", donde "...el castigo en realidad encubre a un enfrentamiento y aparece como un acto de justicia"[2]. O sea, estamos entrenados desde que nacemos

[1] Retomado de Pietro Ameglio, *Gandhi y la desobediencia civil. México hoy*. Editorial Plaza y Valdés, México, 2002, pp. 128-134.
[2] Juan Carlos Marín, "La noción de polaridad en los procesos de formación y realización de poder", dossier CICSO, Argentina, 2000, núm. 6.

a ver la obediencia –en su calidad de principio abstracto y absoluto, así como en lo concreto cotidiano– como un importante valor social, y a castigar ciegamente según nos lo pida quien sea para nosotros una autoridad legal o moral en ese momento, por lo que asumimos su petición como legítima.

Entonces implícitamente se normaliza, se legaliza la relación entre el obedecer, el castigar y el ejercicio de la autoridad[3]. De ahí que se privilegie siempre el asumir la actitud pasiva de obedecer: porque es premiada familiar y escolarmente como virtud, porque es normalizada socialmente ("todos lo hacen"), porque aleja cualquier castigo, porque finalmente reproduce un ordenamiento social al cual se está adscrito y en el que se nos ha inculcado a creer ciegamente que es el mejor y el único posible.

Un aspecto relevante de este proceso es la forma en que se nos ha ido introyectando, por amplios sectores sociales, la concepción de que "la autoridad es necesaria". Al aceptar esto, los potenciales adversarios pasan a ser seguidores del orden establecido. Para Gramsci, esta forma se expresa como una "captura ideológica" de los sectores populares, que se da por una "invitación a la complicidad"[4], de parte de las clases hegemónicas.

Estas formas de complicidad e impugnación, a partir de la construcción de la obediencia en la sociedad, han sido también analizadas por los disidentes socialistas. En particular, Václav Havel sostiene cómo "...cada uno ayuda al otro a ser obediente. Ambos son objetos de un sistema de control pero a la vez también son sujetos. Los dos son víctimas e instrumentos del sistema". El sistema no es sólo un orden social impuesto por

---

[3] Michel Foucault ahonda en esa relación: "El hecho de que la falta y el castigo se comuniquen entre sí y se unan en la forma de la atrocidad no era la consecuencia de una ley del talión oscuramente admitida. Era el efecto de los ritos punitivos de determinada mecánica del poder: de un poder que no sólo no disimula que se ejerce directamente sobre los cuerpos, sino que se exalta y se refuerza con sus manifestaciones físicas; de un poder que se afirma como poder armado, y cuyas funciones de orden, en todo caso, no están enteramente separadas de las funciones de guerra; de un poder que se vale de las reglas y las obligaciones como vínculos personales cuya ruptura constituye una ofensa y pide una venganza; de un poder para el cual la desobediencia es un acto de hostilidad, un comienzo de sublevación, que no es en su principio muy diferente de la guerra civil..." (M. Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI editores, México, 1975, p. 62).

[4] L. M. Lombardi S., *Análisis de la cultura subalterna*, Editorial Galerna, Argentina, 1975, p. 116. También Elías Canetti en *Masas y poder*, desarrolla cómo somos construidos, en forma similar a los soldados, a estar siempre "...en un estado de conciente *espera de órdenes*" (p. 308).

un grupo sobre otro, sino "...algo que permea a la entera sociedad...". Así vemos cómo nuestra obediencia reproduce al sistema de dominación, y, según Havel: "Esto es más que un simple conflicto entre dos identidades. Es algo peor: es un desafío a la misma noción de identidad". Se corroe al poder con la resistencia cultural, que va creando otra cultura alternativa; resistir a veces desde lo pre-político va creando condiciones posteriores para lo político[5], y se construyen así una "vida independiente de la sociedad" y "estructuras paralelas" en una "segunda cultura". Estas estructuras paralelas son el espacio donde se empieza a articular esa experiencia de resistencia para vivir en la verdad, en la desobediencia a lo establecido por la autoridad[6].

Profundicemos un poco más aún acerca de la complejidad de la acción de desobedecer, para así penetrar la lógica y la acción de Gandhi. Señala Stanley Milgram, investigador norteamericano preocupado por desentrañar las condiciones de obediencia social en que se construyó el genocidio nazi de la Segunda Guerra Mundial: "La desobediencia es el último medio por el que se pone fin a una tensión... reformula la relación entre sujeto y autoridad... (se crea un) carácter totalmente desconocido de la relación que (se) espera tras la ruptura... (es) un camino difícil que sólo una minoría entre los sujetos es capaz de seguir hasta su conclusión"[7]. Por tanto, la desobediencia civil no es entonces un acto destructivo sino que, por el contrario, se trata de un acto profundamente creativo, innovador, activo, que recupera el propio grado de libertad al permitirnos romper con una dependencia que no nos permite *ser* en la plenitud de

[5] Un ejemplo es la *Carta 77* que hizo un grupo de disidentes en Checoslovaquia, y que luego se transformó en un movimiento incluyente de resistencia al totalitarismo comunista.

[6] V. Havel, *op. cit.*, pp. 143-193. *Cfr.* en E. Canetti. *Masa y poder*, pp. 299-329.

[7] Stanley Milgram, *Obediencia a la autoridad*, Desclée de Brouwer, España, 2008, pp. 152-153. "La figura de 'el enemigo' se presenta para cualquiera de las dos partes como un atacante... el núcleo central de lo que se llama ataque es la imagen de apropiación. La imagen de apropiación tiene que ver con la ruptura de una relación social, hay una relación social que entra en crisis, es de alguna manera vulnerada... El ataque puede producirse sin que se use en absoluto un arma o una fuerza armada, ni el más mínimo gesto de violencia. Un ataque puede ser también la desobediencia" (J. C. Marín, *op. cit.*, pp. 93-94). Por tanto, según el autor, el ataque –definido por quien se siente atacado– sería toda acción o proceso que busque alterar las relaciones sociales preexistentes en determinada territorialidad social donde se da el enfrentamiento; la defensa, en cambio, intenta restablecer las condiciones iniciales de ese espacio social.

nuestra identidad, también es original al máximo pues plantea una nueva relación social impugnadora del orden preexistente.

La capacidad de construir situaciones originales que caracterizó al movimiento gandhiano, se debió en parte a la conjugación de dos elementos difíciles de combinar en una situación de guerra como la que atravesó: confrontó siempre muy directamente a las situaciones de injusticia, pero a la vez humanizó en extremo al adversario a quien, aun confrontándolo con fuerza, siempre le ofreció la posibilidad de un diálogo realista y sincero. Esto desconcertaba frecuentemente a los ingleses, quienes se movían en la lógica y la estrategia de la guerra convencional. De ahí que vemos cómo la noviolencia activa es también una forma para desarmar al adversario en medio de situaciones de alta violencia y confrontación. Lo que sucede es que se rompe así una relación de colaboración implícita, basada en una legalidad, en un acuerdo tácito, que en esas condiciones reproduce la injusticia social. Esta situación se va desarrollando a través de algo muy complejo: la construcción de un "territorio moral" por parte de la sociedad que se rebela éticamente, principalmente a través del uso de su reserva y armas morales[8], con lo que se sitúa la lucha en un terreno favorable a la acumulación histórica de esa cultura encarnada en las mayorías.

Juan Carlos Marín agrega que "...al problema de las *armas morales*, que es complejísimo, se le debe incorporar esta noción de toma de conciencia...". Dicho autor, al analizar los tres esta-

---

[8] Juan C. Marín, *Conversaciones sobre el poder*, Colectivo P.I.Ca.So., Argentina, 2009 pp. 25-56. Señala el autor: "Todos los movimientos de masa, absolutamente todos, son movimientos cuya fuerza material esencial deviene de sus armas morales, jamás de las armas convencionales y/o no convencionales" (p. 26). Además, nos remite con la concepción de *arma moral* al estudio, dentro de la política o de la teoría del poder de "...*los momentos, los espacios, los tiempos de las confrontaciones.* Lo del arma moral tiene que ver con la posibilidad de uno de los bandos de triunfar en la confrontación de los cuerpos" (p.49). Ampliando esta caracterización, el autor nos sugiere también: "Las (armas) fuerzas materiales de las (fuerzas) armas morales son los cuerpos. Esta concepción es de gran importancia, porque constituye el 'comienzo' del puente entre política y guerra. Pero, no es cierto que los cuerpos en cualquier condición sean armas que den fuerza material; tienen que darse ciertas condiciones sociales para que los cuerpos den fuerza material a las fuerzas sociales" (J. C. Marín, *op. cit.*, p. 97). Por ello, frente al disciplinamiento corporal, ocasionado por la expropiación de la energía de esos cuerpos que el sistema de dominación propicia, la lucha no-violenta mediante el uso de las "armas morales" busca la autonomía, la cooperación y la liberación de estos cuerpos –representantes de una mediación de las relaciones sociales– que se resisten al poder.

dios que plantean las investigaciones de Jean Piaget acerca de la construcción del juicio moral y la incorporación propia que todos hacemos de un sistema normativo de comportamiento, apunta algo importante para entender con más profundidad las implicaciones de las acciones gandhianas: "El tercer estadio es una especie de estadio de descentramiento... tiene un extremo de desarrollo cuando las relaciones sociales que se constituyen son relaciones sociales autónomas de cooperación[9] entre iguales", cuyo punto de partida es la *crisis de la autoridad* anterior y la constitución de la propia autoridad. Ya no se trata del autoritarismo autista del primer estadio, sino que se centra en el propio individuo: "Las normas las construyo yo"; y termina con la crisis de eso y la apertura hipotética histórica en cada individuo de la construcción colectiva... este proceso Piaget lo constituye "...como un ámbito peculiar que llama la *toma de conciencia*"[10], teniendo en cuenta que la "...toma de conciencia supone la construcción de un conocimiento original y que construir ese conocimiento original supone una crisis, un proceso, que si bien colectivo social, es ejercido individualmente"[11]. Gandhi desarrolló este aspecto en su propagación acerca de los principios de la autonomía, que si bien era un proyecto comunitario y nacional, iniciaba ineludiblemente por una construcción y acción del individuo, desde su cotidianidad.

Podemos así decir que un elemento importante para el desentrañamiento de las precondiciones y consecuencias de la desobediencia civil propuesta por Gandhi, se encuentra en la búsqueda por construir "relaciones de autoridad y cooperación igualitarias"[12] con los ingleses, mismas que están situadas en un nivel mayor dentro de las etapas de la construcción de conocimiento, y se originan dentro de un proceso de "toma de conciencia" en el pueblo hindú, dado por una doble ruptura: con los estadios epistémicos anteriores acerca de la regulación de su comportamiento y con un largo proceso de domesticación de

---

[9] Para ampliar la conceptualización de la "cooperación" en cuanto proceso de "descentramiento" individual y social, ver los textos de J. Piaget, *Introducción a la epistemología genética*, pp. 229-232; *El criterio moral en el niño*, pp. 340-41.

[10] J. C. Marín, *op. cit.*, pp. 37-38. Ver J. Piaget, *La toma de conciencia*.

[11] J. C. Marín, *La silla en la cabeza*, P.I.Ca.So. Argentina, 2009, p. 82.

[12] J. Piaget, *op. cit.*, cap. 1, "Juicio moral".

sus cuerpos[13]. Esta faceta acerca de la construcción del conocimiento y la conciencia en el pueblo hindú dentro de su proceso de lucha independentista, se complementa muy bien con lo que Foucault señala: "Solamente en esas relaciones de lucha y poder, en la manera como las cosas entre sí se oponen, en la manera como se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren ejercer relaciones de poder unos sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento"[14].

2. ¿Qué características tiene la desobediencia civil según Gandhi?[15]

Adentrémonos ahora un poco más al desentrañamiento de las acciones propias de la desobediencia civil. En primera instancia conviene distinguir, junto a Gandhi, un par de clasificaciones para caracterizar a la desobediencia civil, pues ésta no es única ni uniforme. Para ello tomaremos en cuenta la cantidad de gente involucrada y la calidad de la acción.

En el primer caso –según la cantidad de gente– podemos encontrar en escala las formas individuales, masivas y totales. Comentaba Gandhi en 1921, cómo todos los miembros del Comité del Congreso estaban muy entusiasmados con las ideas y acciones de desobediencia civil desarrolladas hasta entonces –desde inicios del siglo–, pero que no tenían ni la experiencia ni la claridad al respecto. Aquí está presente una de las contribuciones más importantes de Gandhi al tema, en cuanto a su tarea de sistematización y conceptualización, no realizada por nadie antes. Señalaba que:

> "La desobediencia civil de masas tiene características diferentes (de la individual). Puede ser realizada sólo en una atmósfera de calma. Ésta debe ser la calma de la fuerza y no de la debilidad; del conocimiento y no de la ignorancia[16].

[13] "La 'toma de conciencia' sólo puede producirse pensando con 'todo el cuerpo', pensando con 'toda la especie'" (J. C. Marín, *op. cit.*, p. 87).
[14] M. Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, ed. Gedisa, Barcelona, 1980, p. 28.
[15] P. Ameglio, *op. cit.*, pp. 151-159.
[16] "¿Cuándo un arma moral otorga mucha fuerza? Es obvio que cuando mete ese cuerpo con toda su potencialidad objetiva –que la subjetividad *in extenso* involucre–, cualquiera que sea el nivel de materialidad en que se esté reflexionando. La manera de meter un cuerpo 'con todo' es que sea un cuerpo *pensante*, y si es posible con toda la

> La desobediencia civil individual puede ser y a menudo es practicada para favorecer a los demás. La desobediencia civil de masas puede ser y a menudo es practicada con fines egoístas en el sentido que las personas que la practican esperan obtener con su desobediencia ventajas personales", y agregaba Gandhi que en la de masas era necesaria una gran "capacidad de autocontrol"[17].

Por otro lado, escribía en 1922 en el *Young India,* que la desobediencia civil total implica "...una actitud de rebelión pacífica, el rechazo de obedecer cualquier ley del Estado. Ésta es seguramente más peligrosa que una rebelión armada. No puede nunca ser dominada si los seguidores de la resistencia civil están preparados para enfrentar las pruebas más duras"; y complementaba con algo, fruto de su experiencia: "Una comprensión completa de las condiciones para llevar adelante con éxito la resistencia civil, es necesaria por lo menos de parte de los representantes del pueblo, antes de que se pueda iniciar una empresa de tal magnitud. Las soluciones más rápidas implican siempre los más grandes peligros, y su uso requiere de una enorme sabiduría"[18].

Asimismo, como apuntábamos, Gandhi hacía también una división cualitativa acerca de las acciones de desobediencia civil: defensivas y ofensivas. La de tipo "...agresivo, positivo u *ofensivo* es la *desobediencia noviolenta* y deliberada de las leyes estatales cuya violación no implica un comportamiento inmoral, actuada como manifestación de revuelta contra el Estado". Mientras que, "*la desobediencia civil defensiva*... es la desobediencia noviolenta involuntaria y reacia a las leyes que son por sí mismas injustas, y cuyo cumplimiento contrastaría con el respeto hacia uno mismo y con la dignidad humana. Así, la formación de cuerpos de voluntarios pacifistas, la organización de manifestaciones públicas con fines también pacíficos, la publicación, a pesar de la prohibición por ley, de

---

teoría histórica acumulada; entonces evidentemente la fuerza de ese cuerpo se multiplica, porque cada porción se va a orientar de acuerdo al ámbito que la reflexión establezca; va a ser tremendamente consistente: el momento de la reflexión y la acción van a coincidir... eso es un *arma 'moral'*" (J. C. Marín, *op. cit.*, pp. 25-26).

[17] Mahatma Gandhi, *Teoria e pratica della non-violenza*. Einaudi Editore, Turín, Italia, colección Einaudi Tascabili, Saggi, p. 376.

[18] *Ibidem,* p. 182.

artículos que no apoyan ni incitan a la violencia, pertenecen a la desobediencia civil defensiva"[19].

Ahondemos ahora en la caracterización de este tipo de acciones de la noviolencia activa, desde las formas en que se expresan y relacionan con el orden social.

Apuntaba el propio Gandhi, cómo "...la desobediencia, para que sea civil, tiene que ser sincera, respetuosa, mesurada y excenta de todo recelo. Tiene que apoyarse en principios muy sólidos, no verse nunca sometida a caprichos, y sobre todo no dejar que la dicte el odio y el rencor"[20]. Retoma aquí la gran complejidad humana con que plantea la relación moral y física con el adversario; muchas veces el adversario busca inflingir a quien se le confronta una "ruptura moral" antes que una "ruptura militar"[21], y Gandhi justamente utiliza esa misma táctica.

2. 1. Impugnación moral y legitimidad

Lo plantearemos desde los efectos que Gandhi busca producir en sus adversarios, en su conciencia, y no tanto en la mirada hacia él. Resulta muy importante partir del hecho que lo primero que busca la desobediencia civil es *desarmar moralmente al otro*[22]*, a* partir de *hacer evidente (desnudar públicamente) una verdad.* Aún en los niveles de las acciones civiles más complejas como las de masas, lo inicial es el cuestionamiento del *estado moral del otro.* Es lo primero que debe quedar expuesto, por eso es tan fuerte su impugnación. Entonces, el plano inicial en el que se da la confrontación no es en el de la acción material de los cuerpos sino en el de la moral. Cabría entonces cuestionar el término "noviolencia" –al mismo Gandhi no le satisfacía del todo–, ya que en realidad se desata una poderosa violencia[23],

[19] *Ibidem,* pp. 182-83.
[20] Mahatma Gandhi, *En lo que yo creo*, ed. Dante, México, 1985, p. 136.
[21] J. C. Marín, *op. cit.,* p. 42.
[22] "Nuestro triunfo consiste además en ser encarcelados sin haber cometido ningún delito. Cuanto mayor es nuestra inocencia, mayor será nuestra fuerza, y más rápido llegará la victoria" (M. Gandhi. *op.cit.*, p. 181). *Cfr.* Evangelio de San Juan 19, 22-23.
[23] Como señalaba bien el padre Donald Hessler (Estados Unidos, 1912-1995), amplio promotor de la no-violencia activa en México por más de cuarenta años: "La noviolencia activa es la más violenta de las violencias". *Cfr., Donald Hessler: cristianismo y noviolencia.* Cuernavaca, SERPAJ, 1995.

que usa las armas morales para desarmar al adversario, sin buscar su destrucción, sino la restitución de la justicia.

Hay que puntualizar que desde el plano de la moral, Gandhi comenzó por establecer una impugnación a la moral occidental burguesa moderna. No la consideraba, como frecuentemente se hace en occidente, la construcción de un simple bienestar material individual y familiar –a costa de cualquier tipo de relación de explotación laboral–, aunada al cumplimiento de los "deberes ciudadanos", sin importar a quien afecten. Para él, el principio superior se centraba en el "bien común", por encima de cualquier privilegio individual.

Un segundo aspecto que me parece clave en esta caracterización de las acciones de desobediencia civil, es la relación que se establece con el orden de lo legal. Porque finalmente esta forma de acción noviolenta conlleva, de algún modo, a romper la cooperación con una cierta legalidad. Partimos del hecho que el paradigma del surgimiento de los "Estado-Nación" es justamente lo legal. O sea, el Estado se convierte en el regulador de la moral pública y privada. La mayoría de la población no logra ver que toda esa forma de legalidad, articulada en un conjunto de leyes y decretos, es una larga construcción social e histórica, a partir de una clase social –la burguesía– y sus alianzas, con la exclusión de otros sectores. Entonces la ley aparece con un carácter sagrado e indiscutible, olvidándose, como bien sostenía Gandhi en el *Hind Swaraj*, que si bien está siempre sujeta históricamente a cambios y perfectibilidad, tampoco es estática y puede incluso llegar a reproducir lo inhumano.

Gandhi, aún con su origen de abogado, o precisamente por eso, invirtió este paradigma legal: situaba la ley moral por encima de la ley jurídica, lo legítimo por encima de lo legal. Es algo que no sólo Gandhi ha hecho, sino que muchas tradiciones humanistas y religiosas se han planteado desde sus orígenes[24]. Gandhi sostenía: "La desobediencia civil es la violación civil de

---

[24] La historia del cristianismo ha sido reiterativa. La misma constitución de los Estados Unidos o la "Declaración francesa de los derechos del hombre y del ciudadano", afirman justamente el derecho de resistencia ante formas de usurpación. Además, las recientes experiencias de este siglo con los estados totalitarios, los genocidios y las dos guerras mundiales, replantean el fundamento de la doctrina de la resistencia: los límites al deber de la obediencia social ante cualquier autoridad, así como la necesidad de saber cómo tutelar los derechos individuales y colectivos.

las leyes morales y opresivas", y rechazaba colaborar con una medida corrupta del Estado pues consideraba a las leyes injustas como una forma de violencia que coartaban la libertad del individuo. Y agregaba que: "Se obedece a las leyes por la conciencia, no por temor a las sanciones... La desobediencia civil es un derecho inalienable de cada ciudadano. Renunciar a él significa dejar de ser hombres... es la forma más pura de agitación constitucional... es la rebeldía sin el recurso de la violencia"; reprimir la desobediencia civil era como tratar de aprisionar a la conciencia[25]. Así, la desobediencia civil, en el fondo, es también un proceso masivo de *reconstrucción de la ley, de la legalidad,* aunque en una primera impresión aparezca como lo contrario. Y yendo más lejos, la desobediencia civil ha sido históricamente un motor fundamental del avance de la humanización de la especie humana, sin ella estaríamos humana y culturalmente todavía en la *Edad de piedra*.

En el mismo *Hind Swaraj* Gandhi desarrolló ampliamente el tema, a partir de su idea de *satyagraha:*

> "Cuando me niego a hacer una cosa que repugna a mi conciencia, yo uso la fuerza del alma... Si no obedezco a la ley y acepto la pena por haberla infringido, uso la fuerza del alma. El verdadero significado que somos una nación observante de la ley es que somos resistentes pasivos. Cuando no compartimos algunas leyes, no rompemos la cabeza a los legisladores, sino que sufrimos y no nos sometemos a las leyes... Si el hombre sólo se diera cuenta de que es de cobardes obedecer leyes injustas, ya no lo podría esclavizar ninguna tiranía hecha por el hombre. Ésa es la clave del autogobierno o gobierno nacional... Mientras exista la idea supersticiosa de que los hombres deben obedecer leyes in-

---

[25] M. Gandhi. *op. cit.*, pp. 159, 168-69, 176-77, 185. Resulta interesante la puntualización que hacía Gandhi, en una artículo del *Young India* de 1921, donde reconocía que la expresión "desobediencia civil" probablemente fue acuñada por Thoreau para describir su resistencia ante las leyes de un estado esclavista, pero Gandhi apuntaba que Thoreau sólo la usó para negarse a pagar impuestos, sin embargo "...la desobediencia civil como fue practicada en 1919 implicaba la violación de todas las leyes opresivas e inmorales. Significaba colocarse fuera de la ley en forma civil, o sea noviolenta... La desobediencia civil es una parte del *satyagraha*... es la expresión activa de la noviolencia" (p. 159, 169).

justas, existirá también su esclavitud. Y sólo un resistente pasivo puede remover esa superstición"[26].

Agregaba también, desde una perspectiva histórica, cómo antiguamente era muy natural desobedecer las leyes injustas, y cómo el pueblo de la India "...ha usado a menudo la resistencia pasiva en todos los ámbitos de la vida. Dejamos de cooperar con nuestros gobernantes cuando no nos satisfacen. Ésta es la resistencia pasiva... El verdadero autogobierno es posible sólo donde la resistencia pasiva es la fuerza que guía al pueblo"[27].

Se vinculaba entonces el tema de la desobediencia civil con el de la legitimidad moral antes que con el de la legalidad jurídica, es decir con el derecho moral de toda persona a partir de su conciencia. Se convierte así en un "deber desobedecer a toda orden inhumana"[28]. Por otro lado, tampoco hay que olvidar que Gandhi tenía también un profundo respeto por las leyes y el ordenamiento británico al respecto, y que las acciones las planteaba desde una instancia legalmente reconocida como el Congreso, pero tampoco desconocía su necesaria transformación y finitud; nunca promovió formas ciegas y arbitrarias de desobediencia civil, que se transformarían asimismo en peligrosas situaciones de descontrol social.

Sin embargo, de este modo, Gandhi contribuyó a crear de hecho una forma de organización legal y política paralela al Estado; se fue constituyendo una dualidad de poder[29]. Pero ¿cómo sería esta nueva relación de poder?

Basándose fundamentalmente en Thoreau[30], Gandhi sostenía que el mejor gobierno era el que gobernaba menos. A través de la desobediencia civil –en su control social hacia los gober-

---

[26] M. Gandhi. *Hind Swaraj*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), Cuernavaca, 2014.

[27] *Ibidem.*

[28] Al respecto varios teóricos sociales, religiosos y escritores han construido ideas similares: en el cono sur de Amércica se postula la "desobediencia debida a toda orden de inhumanidad" (J. C. Marín); los padres Donald Hessler y Leonardo Boff hablan de la "santa desobediencia"; los escritores Kenzaburo Oé y Günther Grass firmaron un manifiesto acerca de la "obediencia negada" (a lo inhumano).

[29] *Cfr.* V. Havel, *op. cit.*, pp. 143-193. Señalaba Gandhi: "Cuando un conjunto de hombres cesa de reconocer al Estado bajo el cual ha vivido hasta ese momento, ha creado casi un nuevo Estado" (M. Gandhi. *op. cit.*, p. 178).

[30] Henry David Thoreau (1817-1862), escritor norteamericano anarquista y antiesclavista, amante de la vida aislada con la naturaleza, objetor de conciencia al pago de

nantes– se iban acotando las excesivas funciones y atribuciones del Estado, en aras de desarrollar formas autogestivas y autónomas de democracia popular aldeana. Era el gran modelo del *swaraj*.

Como complemento del mismo tema, y en un tercer punto acerca de la caracterización que buscamos ir construyendo, Gandhi planteaba que en las relaciones de poder político éste se deposita en la voluntad y beneficio de las mayorías empobrecidas, por lo que éstas debían ejercer una presión adecuada ante las autoridades correspondientes, para situar los objetivos del poder en su real dimensión. Dentro del *Programa Constructivo*, proponía la siguiente reflexión:

> "Un estudio superficial de la historia inglesa nos ha hecho pensar que todo el poder llega al pueblo a través de los parlamentos. La verdad radica en que el poder está en la gente y es confiado momentáneamente a quienes elige como representantes propios. Los parlamentos no tienen poder y ni siquiera existencia independientemente del pueblo. Convencer al pueblo de esta sencilla verdad ha sido mi tarea en los últimos veintiún años. La desobediencia civil es el depósito del poder. Imaginen que todo el pueblo no quiera adaptarse a las leyes del cuerpo legislativo y que esté preparado para soportar las consecuencias de la no-adhesión..."[31].

Así, la obediencia era voluntaria y podía ser retirada en caso de injusticia; las masas debían ser ejercitadas en su capacidad para regular y controlar el poder. Gandhi retomaba los principios fundacionales del republicanismo occidental: el poder es otorgado a alguien por el soporte de una mayoría, y si ésta

---

impuestos al gobierno como protesta por el esclavismo y opositor a la invasión de Estados Unidos a México a mediados del siglo XIX. Destacan sus obras: *Walden* y *Del deber de la desobediencia civil*. El zapatismo es un gran ejemplo histórico de la "dualidad de poder" o el "poder paralelo" (ver G. Sharp, *The methods*, tomo 2).

[31] M. Gandhi, *Programma Costruttivo*, cap. 1: "Unidad Pública", en E. Butturini. *op. cit.*, pp. 196-97. En el reciente levantamiento popular de los noventa en Filipinas contra la dictadura de Ferdinand Marcos, llamaron a esto el "Poder del Pueblo" (*People´s Power*), y fue el eje de articulación de toda la resistencia civil victoriosa. También en México, el Partido Acción Nacional (PAN) utilizó estos criterios en su camapaña de resistencia civil, encabezada por Manuel Clouthier, de los años 1987 a 1988.

retira ese apoyo entonces el poder ya no puede ser ejercitado legalmente por quien lo recibió en representación.

El tema anterior de las relaciones sociales acerca del poder público, se complementa en el discurso de Gandhi con el de la formulación de demandas a la autoridad y la forma de plantear desde allí mecanismos de desobediencia civil. En el capítulo de la "Fuerza Bruta" en el *Hind Swaraj*, señalaba apuntes importantes para entender la lógica de la posterior acción de desobediencia: "Si no nos conceden lo que pedimos, ya no les haremos otras demandas. Pueden gobernarnos sólo hasta que nosotros aceptemos ser gobernados; ya no tendremos nada que ver con ustedes"[32]. Las relaciones de cooperación y de poder estaban íntimamente ligadas, y al cesar las primeras entonces se perdía la legitimidad moral en el ejercicio del poder por lo que sólo se podía recurrir a la "fuerza bruta", en palabras del propio Mahatma. Decía al respecto: "Si quieren pueden hacernos pedazos. Pueden destruirnos a cañonazos. Si actuarán contrariamente a nuestra voluntad, nosotros no les ayudaremos; y sin nuestra ayuda, sabemos que no podrán moverse ni un paso"[33]. De aquí el constante énfasis en las acciones de convencimiento hacia la población hindú, sobre todo a través del Congreso, acerca de que el dominio inglés se podía sostener principalmente por la cooperación hindú, desde lo económico en primer término. Las campañas de desobediencia civil y no-cooperación buscaban justamente quitar ese sostén, al dominio extranjero, desde lo mental hasta lo material.

Ahondando ahora un poco más en el terreno de la acción de la desobediencia civil, existe el problema de cómo mantener la continuidad de las acciones en el tiempo. Es una de las tareas más difíciles y a la vez determinante para los logros. Para la desobediencia civil hay que hacer cálculos obligados con las propias fuerzas y armas materiales y morales. No podemos olvidar que el movimiento de liberación hindú duró varias décadas, tuvo momentos muy contradictorios donde murió bastante gente de los dos bandos, y requirió por parte de Gandhi, de la dirigencia del Congreso y del pueblo la construcción de un alto grado de paciencia, moral y resistencia en todo sentido.

[32] *Ibidem,* cap. XVI.
[33] *Ibidem,* cap. XVII.

Sin la paciencia y determinación de Gandhi y el Congreso, no se hubiera podido pensar en implementar campañas masivas de desobediencia civil, donde la apuesta de quienes ejercen el poder material apunta al desgaste de la base social opositora.

El aspecto anterior está íntimamente ligado al tema del liderazgo en las acciones, y a la necesidad histórica de contar con algunas figuras de elevada calidad moral pública en quienes recae la función de guía, en la propuesta y en la acción. Una especie de *luz* que los demás miran y siguen. En general, hasta ahora, casi siempre ha sido así en los grandes movimientos de desobediencia civil; lo que no evita que esto constituya muchas veces también un límite para ellos. Lo cierto es que en el caso de la lucha independentista hindú, esta función de avanzada o liderazgo en la lucha fue intercambiada y compartida constantemente entre el Congreso Nacional Hindú y Gandhi, lo que ayudó mucho sobre todo en los momentos en que el Mahatma estaba en prisión (más de seis años en total). El mismo Gandhi señalaba: "La semilla no se ve nunca. Trabaja bajo la tierra, se anula y sólo se ve el árbol que nace. Con el Congreso ha sucedido así"[34].

Pietro Ameglio

[34] *Ibidem*, cap. II.

Prólogo

La mitad del camino no es otra cosa que desandar lo andado.
H. D. T, *Caminar*

Henry David Thoreau es considerado el padre de la desobediencia civil; sus textos han sido fuente de inspiración de luchadores sociales de la talla de Mahatma Gandhi y Martin Luther King. Pero ¿qué nos dice a los mexicanos, en tiempos de reformas estructurales y tasas de desempleo y hambruna nunca antes vistas, a tanta distancia geográfica y temporal?

Thoreau nació un 12 de julio de 1817 en Concord, Massachusetts. Su familia poseía una fábrica de lápices y sus hermanos mayores eran maestros; con los recursos de ambos trabajos y una beca, decidieron formar al joven Henry en Harvard, *alma mater* de su abuelo y considerada como una de las mejores universidades. Pero insatisfecho por los tópicos y métodos de enseñanza, Thoreau, al concluir sus estudios universitarios, enuncia: "Yo prefiero terminar mi educación en una escuela diferente"[1]. Bajo dicha sentencia continua su aprendizaje alejado de pupitres: en los bosques, teniendo como asiento la hierba fresca, y como compañeros a las flores y aves. Su "nueva" educación incluía tanto textos de la Grecia clásica como escritos del pensamiento espiritual de la India; sin embargo, no se limitó a las letras: desarrolló diversas habilidades y oficios, destacando como jardinero, agrimensor, granjero, albañil, pintor de casas, carpintero, fabricante de lápices y maestro.

[1] Thoreau, Henry David, "Una vida sin principios", *The Athlantic Monthly*, 1863, vol. XII, núm. 62.

Pocos entendían cómo un egresado de Harvard prefería el trabajo manual a estar en un cómodo escritorio, y frecuentemente lo cuestionaban: "¿Quiere decir usted que los estudiantes deben trabajar con las manos en lugar de hacerlo con la cabeza?" "No pienso exactamente eso", respondía, "pero sí algo que esa persona podría hallar muy semejante; quiero decir que ellos no deberían *jugar* a la vida, o *estudiarla* meramente, mientras la comunidad los mantiene para ese juego dispendioso, sino *vivirla* ardientemente desde el principio hasta el fin. ¿De qué mejor modo aprenderían a vivir los jóvenes, que empezando desde temprano a hacer la experiencia de la vida?"[2].

Esta decisión marcó sus inicios dentro de la desobediencia. Al percatarse de que la educación formal que se le había inculcado hasta el momento, limitaba sus inquietudes humanas y libertarias, no sólo estaba cuestionando y negando un futuro para él, escogido por otros, sino que desconocía una autoridad mayor que su conciencia, desafiando por completo el orden social de su época. Así, conociendo el proceso de construcción del sutil disciplinamiento cotidiano, optó por dejar de reproducirlo.

Sin embargo, no podía quedarse sin hacer algo para cambiar dichas prácticas, y en un intento por mejorar la escuela, en 1837 se vuelve profesor de la escuela pública de Concord, pero fue despedido al rehusarse a dar castigos corporales a los alumnos. Convencido de la importancia de dicha empresa, un año después reabrió, junto con su hermano John, la Academia de Concord, en la cual no se administraban castigos; en cambio los problemas se resolvían a través de la discusión y se fomentaban las caminatas en el bosque y visitas a negocios locales. Lamentablemente, John enfermó y cerraron la escuela.

Para 1845, ya había tenido varios trabajos como tutor y buscaba una mayor injerencia en su comunidad, pero al ser un desconocido para sus conciudadanos y sin espacios dónde desarrollar sus trabajos, decide llevar a las últimas consecuencias una de sus ideas expuestas en su trabajo de graduación de Harvard: trabajar un día y descansar seis. Pensaba: "Leves trabajos que me reportan el sustento y por los cuales se me permite que sea útil de algún modo a mis contemporáneos, me son tan agradables

[2] Thoreau, Henry David, "Walden o La vida en los bosques", Emecé editores S.A., Buenos Aires, 1945.

que casi nunca recuerdo que son una necesidad (...) en cambio, si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por qué vivir"[3]. Así que lejos de hallar una manera de ganarse la vida que le satisficiera en la ciudad, comenzó un nuevo experimento: vivir por dos años en la propiedad de un amigo, adentrada en el bosque. Lo hizo convencido de que:

> "Ser filósofo no es meramente tener pensamientos útiles ni fundar una escuela, sino amar la sabiduría de modo tal como para vivir, de acuerdo con sus dictados, una vida llena de sencillez, independencia, magnanimidad y fe (...) cuando se ha obtenido aquellas cosas necesarias para la vida, se nos presenta otra alternativa que obtener superfluidades, y es aventurarnos en la vida misma, ahora que ha comenzado su liberación de los afanes más humildes"[4].

Él mismo construye su cabaña, prepara la tierra para sembrar sus futuros alimentos y dedica sus horas de sol a caminar, escuchar y mirar. Vive en carne propia su máxima: "Debéis ganaros la vida amando"[5].

Estos dos años en Walden estuvieron llenos de intensos momentos de introspección y autoconocimiento, mezclados con profundas reflexiones sobre el momento histórico que le tocó vivir, marcado por la esclavitud y la guerra. Él era parte del movimiento abolicionista y participó de manera activa en el *underground railroad* que trasladaba clandestinamente esclavos negros de Estados Unidos a Cánada para asegurar su libertad; también se manifestó en contra de la guerra declarada a México por el presidente estadounidense James Polk, con el objetivo de despojarle de parte de su territorio. Dichas situaciones indignaban a Thoreau al punto que exigía: "Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de hacer la guerra a México, aunque le cueste la existencia como pueblo"[6]. No se creía el viejo cuento del

---

[3] H. D. Thoreau, *op. cit.*, 1863.
[4] H. D. Thoreau, *op. cit.*, 1845.
[5] H. D. Thoreau, *op. cit.*, 1863.
[6] H. D. Thoreau, *Desobediencia civil y otros textos*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), Cuernavaca, 2014.

sueño americano, al contrario, afirmaba que "la única América verdadera se encuentra en el país en donde uno es libre de elegir el modo de vida que lo capacite para arreglarse sin esas cosas, y donde el Estado no trate de obligarlo a uno a sufrir la esclavitud, la guerra y otros gastos superfluos, que directa o indirectamente resultan del uso de esas cosas"[7].

Su lucha no era sólo contra el Estado. En diversas ocasiones manifestó la irritación que le producía que sus pares no fueran conscientes de que eran ellos mismos los que permitían la reproducción del poder del gobierno. No creía que las *masas,* por sí solas, cambiarían al país: "La gran masa de los hombres sirve al Estado, no como hombres primordialmente, sino como máquinas; con su cuerpo"[8]. Veía necesaria una ruptura en el ciudadano:

> "Son miles los que por opinión se oponen a la esclavitud y a la guerra y que sin embargo, no hacen nada para ponerle fin; siguen sentados porque no saben qué hacer, por lo que no hacen nada (...) esperarán, con la mejor disposición, a que sean otros quienes remedien la maldad para que ellos no tengan que seguir lamentándose de su existencia"[9].

Lo que le llevaba en repetidas ocasiones a preguntarse: "¿No podrá haber un gobierno en que no sea la mayoría la que decida entre lo justo y lo injusto sino la conciencia?"[10].

El momento cumbre de dichas reflexiones ocurrió a un año de estar viviendo en Walden, en junio de 1846, mientras caminaba por el pueblo, tras mandar componer unos zapatos; se encontró con un viejo amigo cobrador de impuestos que le reclamó su falta de pago, a lo que él respondió: "Me es imposible reconocer como gobierno, siquiera un instante, a esa organización política que es también del esclavo. Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el privilegio de rehusar adhesión al gobierno y de resistírsele cuando su tiranía o su incapacidad son visibles e intolerables"[11]. Su amigo, perplejo pero obediente a una orden, lo apresa. Sólo pasó una noche en la cárcel ya que

---

[7] H. D. Thoreau, *op. cit.*, 1845.
[8] H. D. Thoreau, *op. cit.*, 2014.
[9] *Op. cit.*
[10] *Op. cit.*
[11] *Op. cit.*

un familiar suyo pagó su deuda y fue liberado, sin embargo, esas horas fueron suficientes para que escribiera el ensayo *Desobediencia civil*, en el cual expone de manera clara su necesidad de decir "¡alto!" a un gobierno que no lo representa:

> "Todas las máquinas tienen sus puntos de fricción y posiblemente eso produzca ciertos beneficios que compensen por sus males. Pero cuando la fricción se convierte en sistema y la opresión y el despojo están reglamentados, entonces yo declaro que ha llegado el tiempo de descartar a la máquina"[12].

Tenía clara la urgencia de quebrar lealtades estatales, policiacas y militares que reprodujeran la injusticia y diversas formas de violencia, mediante la desobediencia y la no-cooperación: "Romped la ley. Que vuestra vida sea una contrafricción que detenga la máquina. Lo que hay que hacer, en todo caso, es no prestarse a servir al mismo mal que se condena"[13].

Nos invita así a tomar las riendas del gobierno e imaginar otras formas: "¿Es la democracia, tal como la conocemos, el último logro posible en materia de gobierno? ¿No es posible dar un paso más hacia el reconocimiento y organización de los derechos del hombre?"[14]; y sobre todo hace un urgente llamado a la organización basada en la toma de conciencia: "Si un millar de personas rehusaran satisfacer sus impuestos este año, la medida no sería sangrienta ni violenta, como sí, en cambio, el proceder contrario que le permitiría al Estado continuar perpetrando acciones violentas con derramamiento de sangre inocente. Y ésa es, de hecho, la revolución pacífica"[15].

Pero decepcionado del poco eco de sus *compatriotas*, renuente a reconocer los modos del Estado para resolver los males y consciente de la brevedad de la vida del hombre, Thoreau tomó cartas sobre el asunto: "El Estado no se enfrenta nunca intencionalmente contra el sentido del hombre, intelectual y moral, sino contra su cuerpo, sus sentidos. No se arma de honestidad o de ingenio superior sino de mayor fuerza física. Pero yo no he nacido para ser

---

[12] *Op. cit.*
[13] *Op. cit.*
[14] *Op. cit.*
[15] *Op. cit.*

violentado. Y respiraré mi aire; veremos quién es el más fuerte"[16]; y así, dispuesto a no esperar a nadie, emprendió el camino a la libertad, una libertad ligada a la autonomía política, a la autosuficiencia y a una relación respetuosa con la naturaleza. Decía también:

> "¿Qué sentido tiene nacer libres y no vivir libres? ¿Cuál es el valor de una libertad política sino el de hacer posible la libertad moral? ¿Alardeamos de la libertad de ser esclavos o de la libertad de ser libres? Somos una nación de políticos y nos preocupamos sólo por una defensa superficial de la libertad"[17].

Así, una posible respuesta a la pregunta inicial sobre lo que podemos aprender de Thoreau a casi doscientos años de su natalicio, es que nos sigue sorprendiendo e inspirando porque es de los pocos pensadores que llevó su discurso contestatario a la práctica, usando la autonomía como bandera: analizó, cuestionó, comprendió un orden social que consideraba injusto y gracias a sus reflexiones dejó de reproducirlo con su cuerpo y acciones:

> "La acción según los principios –la percepción y la práctica de lo que es justo– cambia las cosas y las relaciones; es esencialmente revolucionaria (...) Cuando el súbdito niegue su lealtad y el funcionario sus oficios, la revolución se habrá conseguido. Suponed, no obstante, que corra la sangre. ¿Acaso no se vierte ésta cuando es herida la conciencia?"[18].

Gabriela Amor

---

[16] *Op. cit.*
[17] H. D. Thoreau, *op. cit.*, 1845.
[18] H. D. Thoreau, *op. cit.*, 2014.

Desobediencia civil y otros textos

I
Desobediencia civil*

Acepto de todo corazón la máxima: "El mejor gobierno es el que gobierna menos", y me gustaría verlo puesto en práctica de un modo más rápido y sistemático. Pero al cumplirla resulta, y así también lo creo, que "el mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto"; y cuando los hombres estén preparados para él, ése será el tipo de gobierno que tendrán. Un gobierno es, en el mejor de los casos, un mal recurso, pero la mayoría de los gobiernos son, a menudo, y todos, en cierta medida, un inconveniente. Las objeciones que se le han puesto a un ejército permanente (que son muchas, de peso, y merecen tenerse en cuenta) pueden imputarse también al gobierno como institución. El ejército permanente es tan sólo un brazo de ese gobierno. El gobierno por sí mismo, que no es más que el medio elegido por el pueblo para ejecutar su voluntad, es igualmente susceptible de originar abusos y perjuicios antes de que el pueblo pueda intervenir. El ejemplo lo tenemos en la actual guerra de México, obra de relativamente pocas personas que se valen del gobierno establecido como de un instrumento, a pesar de que el pueblo no habría autorizado esta medida.

Este gobierno americano, ¿qué es sino una tradición, aunque muy reciente, que lucha por transmitirse a la posteridad sin deterioro, pese a ir perdiendo parte de su integridad a cada instante? No tiene ni la vitalidad ni la fuerza de un solo hombre, ya que un solo hombre puede plegarlo a su voluntad. Es una especie de fusil de madera para el pueblo mismo. Sin embargo, no es por ello menos necesario; el pueblo ha de tener alguna que otra

---

* "Resistance to Civil Government", en Elisabeth Peabody (ed.), *Æsthetic Papers*, 1849. El ensayo luego será titulado, ya no por Thoreau, "On the Duty of Civil Disobedience" y "Civil Disobedience".

complicada maquinaria y oír su sonido para satisfacer así su idea de gobierno. De este modo los gobiernos evidencian cuán fácilmente se puede instrumentalizar a los hombres, o pueden ellos instrumentalizar al gobierno en beneficio propio. Excelente, debemos reconocerlo. Tan es así que este gobierno por sí mismo nunca promovió empresa alguna y en cambio sí mostró cierta tendencia a extralimitarse en sus funciones. *Esto* no hace que el país sea libre. *Esto* no consolida el Oeste. *Esto* no educa. El propio temperamento del pueblo americano es el que ha conquistado todos sus logros hasta hoy, y hubiera conseguido muchos más, si el gobierno no se hubiera interpuesto en su camino a menudo. Y es que el gobierno es un mero recurso por el cual los hombres intentan vivir en paz; y, como ya hemos dicho, es más ventajoso el que menos interfiere en la vida de los gobernados. Si no fuera porque el comercio y los negocios parecen botar como la goma, nunca conseguirían saltar los obstáculos que los legisladores les interponen continuamente, y, si tuviéramos que juzgar a estos hombres únicamente por las repercusiones de sus actos, y no por sus intenciones, merecerían que los castigaran y los trataran como a esos delincuentes que ponen obstáculos en las vías del ferrocarril.

Pero, para hablar con sentido práctico y como ciudadano, a diferencia de los que se autodenominan contrarios a la existencia de un gobierno, solicito, no que desaparezca el gobierno inmediatamente, sino un mejor gobierno *de inmediato*. Dejemos que cada hombre manifieste qué tipo de gobierno tendría su confianza y ése sería un primer paso en su consecución.

Después de todo, la auténtica razón de que, cuando el poder está en manos del pueblo, la mayoría acceda al gobierno y se mantenga en él por un largo período, no es porque posean la verdad ni porque la minoría lo considere más justo, sino porque físicamente son los más fuertes. Pero un gobierno en el que la mayoría decida en todos los temas no puede funcionar con justicia, al menos tal como entienden los hombres la justicia.

¿Acaso no puede existir un gobierno donde la mayoría no decida virtualmente lo que está bien o mal, sino que sea la conciencia? ¿Donde la mayoría decida sólo en aquellos temas en los que sea aplicable la norma de conveniencia? ¿Debe el ciudadano someter su conciencia al legislador por un solo ins-

tante, aunque sea, en la mínima medida? Entonces, ¿para qué tiene cada hombre su conciencia? Yo creo que deberíamos ser hombres primero y ciudadanos después. Lo deseable no es cultivar el respeto por la ley, sino por la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo. Se ha dicho y con razón que una sociedad mercantil no tiene conciencia; pero una sociedad formada por hombres con conciencia es una sociedad *con* conciencia. La ley nunca hizo a los hombres más justos y, debido al respeto que les infunde, incluso los bienintencionados se convierten a diario en agentes de la injusticia. Una consecuencia natural y muy frecuente del respeto indebido a la ley es que uno puede ver una fila de soldados: coronel, capitán, cabo, soldados rasos, artilleros, todos marchando con un orden admirable por colinas y valles hacia el frente en contra de su voluntad, ¡sí!, contra su conciencia y su sentido común, lo que hace que la marcha sea más dura y se les sobrecoja el corazón. No dudan que están involucrados en una empresa condenable; todos ellos son partidarios de la paz. Entonces, ¿qué son: hombres, o por el contrario, pequeños fuertes y polvorines móviles al servicio de cualquier mando militar sin escrúpulos? Visitad un arsenal y contemplad a un infante de marina; eso es lo que puede hacer de un hombre el gobierno americano, o lo que podría hacer un hechicero: una mera sombra y remedo de humanidad; en apariencia es un hombre vivo y erguido, sin embargo, mejor diríamos que está enterrado bajo las armas con honores funerarios, aunque bien pudiera ser:

No se oían tambores ni himnos funerarios
cuando llevamos su cadáver rápidamente al baluarte;
ningún soldado disparó salvas de despedida
sobre la tumba en que enterramos a nuestro héroe.

De este modo la masa sirve al Estado no como hombres sino básicamente como máquinas, con sus cuerpos. Ellos forman el ejército constituido y la milicia, los carceleros, la policía, los ayudantes del *sheriff*, etcétera. En la mayoría de los casos no ejercitan con libertad ni la crítica ni el sentido moral, sino que se igualan a la madera y a la tierra y a las piedras, e incluso se podrían fabricar hombres de madera que hicieran el mismo servi-

cio. Tales individuos no infunden más respeto que los hombres de paja o los terrones de arcilla. No tienen más valor que caballos o perros, sin embargo se les considera, en general, buenos ciudadanos. Otros, como muchos legisladores, políticos, abogados, ministros y funcionarios, sirven al Estado fundamentalmente con sus cabezas, y como casi nunca hacen distinciones morales, son capaces de servir tanto al diablo, sin *pretenderlo,* como a Dios. Unos pocos, como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en un sentido amplio y *los hombres* sirven al Estado además con sus conciencias y, por tanto, las más de las veces se enfrentan a él y, a menudo, se les trata como enemigos. Un hombre prudente sólo será útil como hombre y no se someterá a ser "arcilla" y "tapar un agujero para detener el viento", sino que dejará esa tarea a los otros:

> *Soy de estirpe demasiado elevada para convertirme en un esclavo, en un subalterno sometido a tutela, en un servidor dócil, en instrumento de cualquier Estado soberano del mundo.*

Al que se entrega por entero a los demás se le toma por un inútil y un egoísta, pero al que se entrega solamente en parte, se le considera un benefactor y un filántropo.

¿Cómo le corresponde actuar hoy a un hombre ante este gobierno americano? Yo respondo que no nos podemos asociar con él y mantener nuestra propia dignidad. No puedo reconocer ni por un instante que esa organización política sea *mi* gobierno y al mismo tiempo el gobierno *de los esclavos.*

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el derecho a negar su lealtad y a oponerse al gobierno cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesurados e insoportables. Pero la mayoría afirma que no es ése el caso actual, aunque sí fue el caso, dicen, en la revolución de 1775. Si alguien me dijera que ese fue un mal gobierno porque gravó ciertos artículos extranjeros llegados a sus puertos, lo más probable es que no me inmutara porque puedo pasar sin ellos. Toda máquina experimenta sus propios roces, pero es posible que se trate de un mal menor y contrarreste otros males. En ese caso sería un gran error mover un dedo por evitarlo. Pero cuando resulta que la fricción se convierte en su propio fin, y la opresión y el robo

están organizados, yo digo: “Hagamos desaparecer esa máquina”. En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad, está esclavizada, y toda una nación es agredida y conquistada injustamente por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, creo que ha llegado el momento de que los hombres honrados se rebelen y se subleven. Y este deber es tanto más urgente, por cuanto que el país así ultrajado no es el nuestro, sino que el nuestro es el invasor.

Paley, autoridad reconocida en temas morales, en un capítulo sobre “Deber de sumisión al gobierno civil”, reduce toda obligación civil al grado de conveniencia, y continúa:

> “Mientras el interés de la sociedad entera lo requiera, es decir, mientras la institución del gobierno no se pueda cambiar o rechazar sin inconvenientes públicos, es voluntad de Dios que se obedezca a ese gobierno, pero no más allá... Admitido este principio, la justicia de cada caso particular de rebelión se reduce a un calcular por un lado la proporción del peligro y del daño; y por el otro la posibilidad y coste de corregirlo”.

A continuación nos dice que cada hombre debe juzgar por sí mismo. Pero nos parece que Paley no ha contemplado los casos en los que la regla de la conveniencia no se aplica; es decir, cuando un pueblo o un solo individuo deben hacer justicia a cualquier precio. Si le he quitado injustamente la tabla al hombre que se ahoga, debo devolvérsela aunque me ahogue yo. Esto, según Paley sería inconveniente. Aquél que salve su vida, en este caso, la perderá. Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de luchar contra México aunque le cueste su existencia como tal pueblo.

Por experiencia propia, muchas naciones están de acuerdo con Paley, pero ¿acaso alguien cree que Massachusetts está haciendo lo correcto en la crisis actual?

Un estado prostituido; una mujerzuela a cuyo traje plateado se le lleva la cola, pero cuya alma se arrastra por el polvo.

Descendiendo a lo concreto: los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur, sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, que están más interesados en el comercio y la agricultura que en el género humano y no

están dispuestos a hacer justicia ni a los esclavos ni a México, cueste lo que cueste. Yo no me enfrento con enemigos lejanos sino con los que cerca de casa cooperan con ellos y les apoyan, y sin los cuales estos últimos serían inofensivos. Estamos acostumbrados a decir que las masas no están preparadas, pero el progreso es lento porque la minoría no es mejor o más prudente que la mayoría. Lo más importante no es que una mayoría sea tan buena como tú, sino que exista una cierta bondad absoluta en algún sitio para que fermente a toda la masa. Miles de personas están, *en teoría,* en contra de la esclavitud y la guerra, pero de hecho no hacen nada por acabar con ellas; miles que se consideran hijos de Washington y Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; miles que incluso posponen la cuestión de la libertad a la cuestión del mercado libre y leen en silencio las listas de precios y las noticias del frente de México tras la cena, e incluso caen dormidos sobre ambos. ¿Cuál es el valor de un hombre honrado y de un patriota hoy? Dudan y se lamentan y a veces redactan escritos, pero no hacen nada serio y eficaz. Esperarán con la mejor disposición a que otros remedien el mal, para poder dejar de lamentarse. Como mucho, depositan un simple voto y hacen un leve signo de aprobación y una aclamación a la justicia al pasar por su lado. Por cada hombre virtuoso, hay novecientos noventa y nueve que alardean de serlo, y es más fácil tratar con el auténtico poseedor de una cosa que con los que pretenden tenerla.

Las votaciones son una especie de juego, como las damas o el *backgammon* que incluyen un suave tinte moral; un jugar con lo justo y lo injusto, con cuestiones morales; y desde luego incluye apuestas. No se apuesta sobre el carácter de los votantes. Quizá deposito el voto que creo más acertado, pero no estoy realmente convencido de que eso deba prevalecer. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. Su obligación, por tanto, nunca excede el nivel de lo conveniente. Incluso votar *por lo justo* es no *hacer* nada por ello. Es tan sólo expresar débilmente el deseo de que la justicia debiera prevalecer. Un hombre prudente no dejará lo justo a merced del azar ni deseará que prevalezca frente al poder de la mayoría. Hay muy poca virtud en la acción de las masas. Cuando la mayoría vote al fin por la abolición de la esclavitud, será porque le es indiferente

la esclavitud o porque sea tan escasa que no merezca la pena mantenerla. Para entonces *ellos* serán los únicos esclavos. Sólo puede acelerar la abolición de la esclavitud el voto de *aquél* que afianza su propia libertad con ese voto.

He oído decir que se va a celebrar una convención en Baltimore o en algún otro sitio, para la elección del candidato a la presidencia y que está formada fundamentalmente por directores de periódicos y políticos profesionales, y yo me pregunto: ¿Qué puede importarle al hombre independiente, inteligente y respetable la decisión que tomen? ¿Es que no podemos contar con la ventaja de la prudencia y la honradez de este último? ¿No podemos esperar que también haya votos independientes? ¿Acaso no son numerosísimos los hombres que no asisten a convenciones en este país? Pero no: yo creo que el hombre respetable como tal ya se ha escabullido de su puesto y desespera de su país, cuando es su país el que tiene más razones para desesperar de él. Inmediatamente acepta a uno de los candidatos elegidos de ese modo, como el único *disponible* demostrando que es él quien está *disponible* para cualquier propósito del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de cualquier extranjero sin principios o el de cualquier empleadillo nativo que pueden estar comprados. ¡Loado sea el *hombre* auténtico que, como dice mi vecino, tiene un hueso en la espalda que no le permite doblegarse! Nuestras estadísticas son falsas, la población está inflada. ¿Cuántos *hombres* hay en este país por cada 250 000 hectáreas? Apenas uno. ¿No ofrece América ningún atractivo para que los hombres se asienten aquí? El americano ha degenerado en un *Odd Fellow*, un ser que se reconoce por el desarrollo de su sentido gregario y una ausencia manifiesta de inteligencia y una alegre confianza en sí mismo, cuyo primer y básico interés en el mundo es ver que los asilos se conservan en buen estado y antes se ha puesto su vestimenta en toda regla y ha ido a recabar fondos para mantener a las viudas y huérfanos que pueda haber; en fin, en alguien que se permite vivir sólo con la ayuda de la Compañía de Seguros Mutuos que se ha comprometido a enterrarle decentemente.

Por supuesto, no es un deber del hombre dedicarse a la erradicación del mal, por monstruoso que sea. Puede tener, como le es lícito, otros asuntos entre manos; pero sí es su deber al menos, lavarse las manos de él. Y si no se va a preocupar más de él, que,

por lo menos, en la práctica, no le dé su apoyo. Si me entrego a otros fines y consideraciones, antes de dedicarme a ellos, debo, como mínimo, asegurarme de que no estoy pisando a otros hombres. Ante todo, debo permitir que también los demás puedan realizar sus propósitos. ¡Fijaos qué gran inconsistencia se tolera! He oído decir a conciudadanos míos: "Me gustaría que me ordenaran colaborar en la represión de una rebelión de esclavos o marchar hacia México; veremos si lo hago"; y en cambio ellos mismos han facilitado un sustituto directamente con su propia lealtad e indirectamente al menos con su dinero. Al soldado que se niega a luchar en una guerra injusta le aplauden aquéllos que aceptan mantener al gobierno injusto que la libra; le aplauden aquéllos cuyos actos y autoridad él desprecia y desdeña, como si el Estado fuera un penitente que contratase a uno para que se fustigase por sus pecados, pero que no considerase la posibilidad de dejar de pecar ni por un momento. Así, con el pretexto del orden y del gobierno civil, se nos hace honrar y alabar nuestra propia vileza. Tras la primera vergüenza por pecar surge la indiferencia, y lo inmoral se convierte, como si dijéramos, en *a*moral y no del todo innecesario en la vida que nos hemos forjado.

El mayor error y el más extendido exige la virtud más desinteresada. El ligero reproche al que es susceptible muy a menudo la virtud del patriota, es aquél en el que incurren fácilmente los hombres honrados. Los que, sin estar de acuerdo con la naturaleza y las medidas de un gobierno, le entregan su lealtad y su apoyo son, sin duda, sus seguidores más conscientes y por tanto suelen ser el mayor obstáculo para su reforma. Algunos están interpelando al Estado de Massachusetts para que disuelva la Unión y olvide los requerimientos del Presidente. ¿Por qué no la disuelven por su cuenta (la unión entre ellos mismos y el Estado) y se niegan a pagar sus impuestos al tesoro? ¿No están en la misma situación con respecto al Estado que el Estado con respecto a la Unión? ¿Acaso las razones que han evitado que el Estado se enfrentara con la Unión no han sido las mismas que han evitado que ellos se enfrentaran al Estado?

¿Cómo puede estar satisfecho un hombre por el mero hecho de tener una opinión y quedarse tranquilo con *ella*?

¿Puede haber alguna tranquilidad en ello, si lo que opina es que está ofendido? Si tu vecino te estafa un solo dólar no quedas satisfecho con saber que te ha estafado o diciendo que te ha estafado, ni siquiera exigiéndole que te pague lo tuyo, sino que inmediatamente tomas medidas concretas para recuperarlo y te aseguras de que no vuelvan a estafarte. La acción que surge de los principios, de la percepción y la realización de lo justo, cambia las cosas y las relaciones, es esencialmente revolucionaria y no está del todo de acuerdo con el pasado. No sólo divide Estados e Iglesias, divide familias e incluso divide al *individuo*, separando en él lo diabólico de lo divino.

Hay leyes injustas: ¿Nos contentaremos con obedecerlas o intentaremos corregirlas y las obedeceremos hasta conseguirlo?

¿O las transgrediremos desde ahora mismo? Bajo un gobierno como el nuestro, muchos creen que deben esperar hasta convencer a la mayoría de la necesidad de alterarlo. Creen que si opusieran resistencia el remedio sería peor que la enfermedad. Pero eso es culpa del propio gobierno. ¿Por qué no está atento para prever y procurar reformas? ¿Por qué no aprecia el valor de esa minoría prudente? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a estar alerta y a señalar los errores para *mejorar* en su acción? ¿Por qué tenemos siempre que crucificar a Cristo y excomulgar a Copérnico y Lutero y declarar rebeldes a Washington y Franklin?

Se pensaría que una negación deliberada y práctica de su autoridad es la única ofensa que el gobierno no contempla; si no, ¿por qué no ha señalado el castigo definitivo, adecuado y proporcionado? Si un hombre sin recursos se niega una sola vez a pagar nueve monedas al Estado, se le encarcela (sin que ninguna ley de que yo tenga noticia lo limite) por un período indeterminado que se fija según el arbitrio de quienes lo metieron allí; pero si hubiera robado noventa veces nueve monedas al Estado, en seguida se le dejaría en libertad.

Si la injusticia forma parte de la necesaria fricción de la maquina del gobierno, dejadla así, dejadla. Quizá desaparezca con el tiempo; lo que sí es cierto es que la máquina acabará por romperse. Si la injusticia tiene un muelle o una polea o una cuerda o una manivela exclusivamente para ella, entonces tal vez debáis considerar si el remedio no será peor que la enfermedad; pero si

es de tal naturaleza que os obliga a ser agentes de la injusticia, entonces os digo, quebrantad la ley. Que vuestra vida sea un freno que detenga la máquina. Lo que tengo que hacer es asegurarme de que no me presto a hacer el daño que yo mismo condeno.

En cuanto a adoptar los medios que el Estado aporta para remediar el mal, yo no conozco tales medios. Requieren demasiado tiempo y se invertiría toda la vida. Tengo otros asuntos que atender. No vine al mundo para hacer de él un buen lugar para vivir, sino a vivir en él, sea bueno o malo. Un hombre no tiene que hacerlo todo, sino algo, y debido a que no puede hacerlo *todo*, no es necesario que haga *algo* mal. No es asunto mío interpelar al gobierno o a la Asamblea Legislativa, como tampoco el de ellos interpelarme a mí; y si no quieren escuchar mis súplicas, ¿qué debo hacer yo? Para esta situación el Estado no ha previsto ninguna salida, su Constitución es la culpable. Esto puede parecer duro, obstinado e intransigente, pero a quien se ha de tratar con mayor consideración y amabilidad es únicamente al espíritu que lo aprecie o lo merezca. Sucede pues que todo cambio es para mejorar, como el nacer y el morir que producen cambios en nuestro cuerpo.

No vacilo en decir que aquéllos que se autodenominan abolicionistas deberían inmediatamente retirar su apoyo personal y pecuniario al gobierno de Massachusetts, y no esperar a constituir una mayoría, antes de tolerar que la injusticia impere sobre ellos. Yo creo que es suficiente con que tengan a Dios de su parte, sin esperar a más. Un hombre con más razón que sus conciudadanos ya constituye una mayoría de uno. Tan sólo una vez al año me enfrento directamente cara a cara con este gobierno americano o su representante, el gobierno del Estado en la persona del recaudador de impuestos. Es la única situación en que un hombre de mi posición inevitablemente se encuentra con él, y él entonces dice claramente: "Reconóceme". Y el modo más simple y efectivo y hasta el único posible de tratarlo en el actual estado de cosas, de expresar mi poca satisfacción y mi poco amor por él, es rechazarlo. Mi vecino civil, el recaudador de impuestos, es el único hombre con el que tengo que tratar, puesto que, después de todo, yo peleo con personas y no con papeles, y ha elegido voluntariamente ser un agente del gobierno, ¿cómo va a conocer su identidad y su cometido como funciona-

rio del gobierno o como hombre, si no le obligan a decidir si ha de tratarme a mí que soy su vecino a quien respeta, como a tal vecino y hombre honrado o como a un maníaco que turba la paz? Después veríamos si puede saltarse ese sentimiento de buena vecindad sin recurrir a pensamientos o palabras más duros e impetuosos de acuerdo con esa actuación. Estoy seguro de que si mil, si cien, si diez hombres que pudiese nombrar, si solamente diez hombres honrados, incluso si un solo hombre honrado en este Estado de Massachusetts, dejase en libertad a sus esclavos y rompiera su asociación con el gobierno nacional y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, esto significaría la abolición de la esclavitud de América. Lo que importa no es que el comienzo sea pequeño; lo que se hace bien una vez, queda bien hecho para siempre. Pero nos gusta más hablar de ello: decimos que ésa es nuestra misión. La reforma cuenta con docenas de periódicos a su favor, pero con ningún hombre. Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que va a dedicar su tiempo a solucionar la cuestión de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en vez de sentirse amenazado por las prisiones de Carolina, tuviera que ocuparse del prisionero de Massachusetts, el prisionero de ese Estado que se siente tan ansioso de cargar el pecado de la esclavitud sobre su hermano (aunque, por ahora, sólo ha descubierto un acto de falta de hospitalidad para fundamentar su querella contra él), la Legislatura no desestimaría el tema por completo el invierno que viene.

Bajo un gobierno que encarcela a alguien injustamente, el lugar que debe ocupar el justo es también la prisión. Hoy, el lugar adecuado, el único que Massachusetts ofrece a sus espíritus más libres y menos sumisos, son sus prisiones; se les encarcela y se les aparta del Estado por acción de éste, del mismo modo que ellos habían hecho ya por sus principios. Ahí es donde el esclavo negro fugitivo y el prisionero mexicano en libertad condicional y el indio que viene a interceder por los daños infligidos a su raza deberían encontrarlos; en ese lugar separado, pero más libre y honorable, donde el Estado sitúa a los que no están *con* él, sino *contra* él: ésta es la única casa, en un Estado con esclavos, donde el hombre libre puede permanecer con honor. Si alguien piensa que su influencia se perdería allí, que sus voces dejarían de afligir el oído del Estado, y que ya no serían un enemigo den-

tro de sus murallas, no saben cuánto más fuerte es la verdad que el error, cuánto más elocuente y eficiente puede ser combatir la injusticia cuando se ha sufrido en propia carne. Deposita todo tu voto, no sólo una papeleta, sino toda tu influencia. Una minoría no tiene ningún poder mientras se aviene a la voluntad de la mayoría: en ese caso ni siquiera es una minoría. Pero cuando se opone con todas sus fuerzas es imparable. Si las alternativas son encerrar a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará cuál elegir. Si mil hombres dejaran de pagar sus impuestos este año, tal medida no sería ni violenta ni cruel, mientras que si los pagan, se capacita al Estado para cometer actos de violencia y derramar la sangre de los inocentes. Ésta es la definición de una revolución pacífica, si tal es posible. Si el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario público me preguntara –como ha sucedido–: "Pero, ¿qué debo hacer?", mi respuesta sería: "Si de verdad deseas colaborar, renuncia al cargo". Una vez que el súbdito ha retirado su lealtad y el funcionario ha renunciado a su cargo, la revolución está conseguida. Incluso aunque haya derramamiento de sangre.

¿Acaso no hay un tipo de derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa herida se vierten la auténtica humanidad e inmortalidad del hombre y su hemorragia le ocasiona una muerte interminable. Ya veo correr esos ríos de sangre.

Me he referido al encarcelamiento del objetor y no a la incautación de sus bienes, aunque ambos cumplen los mismos fines, porque aquéllos que afirman la justicia más limpia y, por tanto, los más peligrosos para un Estado corrupto, no suelen haber dedicado mucho tiempo a acumular riquezas. A éstos el Estado les presta un servicio relativamente pequeño, y el mínimo impuesto suele parecerles exagerado en especial si se ven obligados a ganarlo con el sudor de su frente. Si hubiera alguien que viviera sin hacer uso del dinero en absoluto, el Estado mismo dudaría en reclamárselo. Pero los ricos (y no se trata de comparaciones odiosas) están siempre vendidos a la institución que les hace ricos. Hablando en términos absolutos, a mayor riqueza, menos virtud; porque el dinero vincula al hombre con sus bienes y le permite conseguirlos y, desde luego, la obtención de ese dinero en sí mismo no constituye ninguna gran virtud. El dinero acalla muchas preguntas que de otra manera tendría que

contestar, mientras que la única nueva que se le plantea es la difícil pero superflua de cómo gastarlo. De este modo, sus principios morales se derrumban a sus pies. Las oportunidades de una vida plena disminuyen en la misma proporción en que se incrementan lo que se ha dado en llamar los "medios de fortuna". Lo mejor que el rico puede hacer en favor de su cultura es procurar llevar a cabo aquellos planes en que pensaba cuando era pobre. Cristo respondió a los fariseos en una situación semejante: "Mostradme la moneda del tributo", dijo y uno sacó un céntimo del bolsillo. Si usáis moneda que lleva la efigie del César y él la ha valorado y hecho circular, y si *sois ciudadanos del Estado* y disfrutáis con agrado de las ventajas del gobierno del César, entonces devolvedle algo de lo suyo cuando os lo reclame: 'Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios?'". Y se quedaron como estaban sin saber qué era de quién, porque no querían saberlo.

Cuando hablo con el más independiente de mis conciudadanos, me doy cuenta de que diga lo que diga acerca de la magnitud y seriedad del problema, y su interés por la tranquilidad pública, en última instancia no puede prescindir del gobierno actual y teme las consecuencias que la desobediencia pudiera acarrear a sus bienes y a su familia. Por mi parte no me gustaría pensar que algún día voy a depender de la protección del Estado. Si rechazo la autoridad del Estado cuando me presenta la factura de los impuestos, pronto se apoderará de lo mío y gastará mis bienes y nos hostigará interminablemente a mí y a mis hijos. Esto es duro. Esto hace que al hombre le sea imposible vivir con honradez y al mismo tiempo con comodidad en la vida material. No merece la pena acumular bienes; con toda seguridad se los volverían a llevar; es mejor emplearse o establecerse en alguna granja y cultivar una pequeña cosecha y consumirla cuanto antes. Se debe vivir independientemente sin depender más que de uno mismo, siempre dispuesto y preparado para volver a empezar y sin implicarse en muchos negocios. Un hombre puede enriquecerse hasta en Turquía si se comporta en todos los aspectos como un buen súbdito del gobierno turco. Decía Confucio: "Si un Estado se gobierna siguiendo los dictados de la razón, la pobreza y la miseria provocan la vergüenza; si un Estado no se gobierna siguiendo la razón, las riquezas y los honores provo-

can la vergüenza". No: mientras no necesite que Massachusetts me socorra en algún lejano puerto del Sur, donde mi libertad se halle en peligro, o mientras me dedique únicamente a adquirir una granja por medios pacíficos en mi propio país, podré permitirme el lujo de negarle lealtad a Massachusetts y su derecho sobre mi vida y mis bienes. Además, me cuesta menos trabajo desobedecer al Estado, que obedecerle. Si hiciera esto último, me sentiría menos digno.

Hace algunos años, el Estado me instó en nombre de la Iglesia a que pagara cierta suma para mantener al clérigo a cuyos oficios solía asistir mi padre, aunque yo no. "Paga", se me dijo, "o serás encarcelado". Me negué a pagar pero lamentablemente otro decidió hacer el pago por mí. No veía por qué el maestro tenía que contribuir con sus impuestos al sustento del clérigo y no el clérigo al del maestro; dado que además yo no era maestro del Estado y me mantenía gracias a una suscripción popular. No veía por qué la escuela carecía del derecho a recibir impuestos del Estado, mientras que la Iglesia sí lo tenía. De todos modos, ante el requerimiento de los concejales, me avine a redactar una declaración en los siguientes términos: "Sepan todos por la presente, que yo, Henry Thoreau, no deseo ser considerado miembro de ninguna sociedad legalmente constituida en la que no me haya inscripto personalmente". La entregué al alguacil y él la tiene. El Estado sabiendo de este modo que no deseaba ser considerado miembro de esa Iglesia, no ha vuelto a reclamarme aquel impuesto, aunque mantuvo su exigencia inicial por aquella sola vez. Si hubiera sabido entonces cómo denominarlas me habría borrado una por una de todas las sociedades de las que jamás me hice miembro, pero no sabía dónde conseguir una lista completa.

No he pagado "los impuestos sobre los votantes" desde hace seis años. Por ello me encarcelaron una vez, durante una noche, y mientras contemplaba los muros de piedra sólida de entre 60 y 80 centímetros de espesor, la puerta de hierro y madera de 30 centímetros de grosor, y la reja de hierro que filtraba la luz, no pude por menos que sentirme impresionado por la estupidez de aquella institución que me trataba como si fuera mera carne, sangre y huesos que encerrar. Me admiraba que alguien pudiera concluir que ése era el mejor uso que se podría hacer de mí, y no hubieran pensado en beneficiarse de mis servicios de algún

otro modo. Me parecía que si un muro de piedra me separaba de mis conciudadanos, aún habría otro más dificil de rebasar o perforar para que ellos consiguieran ser tan libres como yo. No me sentí confinado ni un solo instante, y los muros se me antojaban enormes derroches de piedra y cemento. Me sentía como si yo hubiera sido el único ciudadano que había pagado sus impuestos. Sencillamente no sabían cómo tratarme y se comportaban como personas ineducadas. Lo mismo cuando alababan que cuando amenazaban, cometían una estupidez, ya que pensaban que mi deseo era saltar al otro lado del muro. No podía hacer otra cosa que sonreír al ver con qué esfuerzo me cerraban la puerta, mientras mis pensamientos les seguían fuera de allí sin obstáculo ni impedimento, cuando eran *ellos* los únicos peligrosos. Como no podían llegar a mi alma, habían decidido castigar mi cuerpo como hacen los niños que, cuando no pueden alcanzar a la persona que les fastidia, maltratan a su perro. Yo veía al Estado como a un necio, como a una mujer solitaria que temiese por sus cubiertos de plata y que no supiese distinguir a sus amigos de sus enemigos. Perdí todo el respeto que aún le tenía y me compadecí de él.

El Estado nunca se enfrenta voluntariamente con la conciencia intelectual o moral de un hombre sino con su cuerpo, con sus sentidos. No se arma de honradez o de inteligencia sino que recurre a la simple fuerza física. Yo no he nacido para ser violentado. Seguiré mi propio camino. Veremos quién es el más fuerte. ¿Qué fuerza tiene la multitud? Sólo pueden obligarme aquéllos que obedecen a una ley superior a la mía. Me obligan a ser como ellos. Yo no oigo que a los *hombres* les *obliguen* a vivir de tal o cual manera las masas. ¿Qué vida sería ésa? Cuando veo que un gobierno me dice: "La bolsa o la vida", ¿por qué voy a apresurarme a darle mi dinero? Puede que se halle en grandes aprietos y no sepa qué hacer: yo no puedo hacer nada por él. Debe salvarse a sí mismo, como hago yo. No merece la pena lloriquear. Yo no soy el responsable del buen funcionamiento de la máquina de la sociedad. Yo no soy el hijo del maquinista. Observo que cuando una bellota y una castaña caen al lado, una no permanece inerte para dejar espacio a la otra, sino que ambas obedecen sus propias leyes y brotan y crecen y florecen lo mejor que pueden, hasta que una acaso ensombrece y destruye a la

otra. Si una planta no puede vivir de acuerdo con su naturaleza muere, y lo mismo le ocurre al hombre.

La noche en prisión fue una revelación interesante. Cuando entré, los presos en mangas de camisa disfrutaban charlando y tomando el fresco de la tarde en la puerta. Pero el carcelero dijo: "¡Vamos, muchachos, es hora de cerrar!", y todos se dispersaron y oí el sonido de sus pasos volviendo a los oscuros aposentos. El carcelero me presentó a mi compañero de celda como un "individuo inteligente y de buen natural". Cuando cerraron la puerta me enseñó dónde podía colgar el sombrero y cómo se las arreglaba uno allí dentro. Blanqueaban las celdas una vez al mes y ésta, si no las demás, era la habitación más blanca, más sencillamente amueblada y probablemente más limpia de toda la ciudad. Mi compañero se interesó inmediatamente por mí: quería saber de dónde era y qué me había traído aquí, y cuando se lo dije le pregunté a su vez cómo había venido él, dando por supuesto que se trataba de un hombre honrado, y tal como está el mundo, creo que lo era. "Pues", dijo, "me acusan de incendiar un granero, pero no lo hice". Según pude averiguar, probablemente había ido a dormir la borrachera a un granero y al fumar allí su pipa, el granero se incendió. Tenía fama de hombre listo, llevaba tres meses esperando el juicio y tendría que esperar otro tanto aún; pero se había adaptado y aceptaba su situación puesto que le mantenían gratis y le trataban bien.

Él ocupaba una ventana y yo la otra, y me di cuenta de que si uno permanecía allí mucho tiempo su quehacer principal consistiría en mirar por la ventana. Muy pronto leí todos los panfletos que habían ido dejando allí y examinané por dónde se habían escapado otros presos y dónde habían aserrado una reja y también conocí anécdotas de varios ocupantes de aquella celda. Descubrí que incluso había una historia y unos chismes que jamás salían de los muros de la prisión. Probablemente sea ésta la única casa en la ciudad donde se componen versos que luego se copian aunque no lleguen a publicarse. Me enseñaron una larga lista de versos compuestos por varios jóvenes a los que habían descubierto en plena huida, y los cantaban para vengarse.

Le saqué a mi compañero de celda toda la información que pude, temiendo no volver a verlo nunca más; pero finalmente me indicó cuál era mi cama y se alejó para apagar la lámpara.

Pernoctar allí esa noche fue como viajar a un país que jamás hubiera imaginado conocer. Me parecía que nunca antes había oído las campanadas del reloj del Ayuntamiento, ni los ruidos de la noche en la ciudad, y es que dormíamos con las ventanas abiertas por dentro de la reja. Era como contemplar mi ciudad natal a la luz de la Edad Media y nuestro Concord convertido en el Rin, con visiones de caballeros y castillos desfilando ante mí. Eran las voces de mis vecinos en las calles lo que yo oía. Me convertí en un espectador y oyente involuntario de lo que sucede en la cocina de la posada contigua, una experiencia totalmente nueva y extraña para mí. Me proporcionó un conocimiento de primera mano de mi ciudad natal. Estaba absolutamente dentro de ella. Nunca hasta entonces había visto sus instituciones. Ésta es una de sus instituciones más peculiares, pues se trata de una cabeza de partido. Empezaba a comprender de verdad a sus habitantes.

Por la mañana nos pasaron el desayuno a través de una abertura en la puerta, en pequeñas latas ovaladas hechas a la medida, que contenían medio litro de chocolate con pan moreno y una cuchara de hierro. Cuando volvieron para recoger los cacharros caí en la novatada de devolver el pan que me había sobrado, pero mi compañero lo agarró y me dijo que debía guardarlo para la comida o la cena. Enseguida lo dejaron salir para acudir a su trabajo de recogida de heno en un campo cercano al que iba cada día y del que no volvía hasta el mediodía; por tanto se despidió diciendo que no sabía si nos volveríamos a ver. Cuando salí de la prisión (pues alguien intervino en mis asuntos y pagó el impuesto) no observé que se hubieran producido grandes cambios en la gente, como le hubiese sucedido al que se marchase de joven y volviese hecho un viejo tembloroso y lleno de canas. Sin embargo, sí aprecié un cierto cambio en la escena: en la ciudad, en el Estado y en el país; un cambio mayor que el debido al mero paso del tiempo. El Estado en el que vivía se me presentaba con mayor nitidez. Vi hasta qué punto podía confiar como vecinos o amigos en la gente con la que vivía, que su amistad era de poco fiar, que no se proponían hacer el bien. Eran de una raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones, como los chinos y los malayos que, en sus sacrificios a la humanidad, no corren riesgo alguno ni tampoco sus bienes. Des-

pués de todo, no eran tan nobles y trataban al ladrón como los habían tratado a ellos; y esperaban salvar sus almas mediante la observancia de ciertas costumbres y unas cuantas oraciones y caminando de vez en cuando por senderos rectos pero inútiles. Puede que esta crítica a mis vecinos parezca severa, puesto que muchos de ellos no saben que existe una institución como la cárcel en su ciudad.

Antes era costumbre en nuestra ciudad que, cuando un deudor pobre salía de la carcel, sus conocidos le saludaran mirando a través de los dedos cruzados, para representar las rejas de la cárcel: "¿Qué tal?" Mis vecinos no hicieron eso sino que primero me miraron a mí y luego se miraron unos a otros, como si hubiera vuelto de un largo viaje. Me prendieron cuando iba al zapatero a recoger un zapato que me habían arreglado. Cuando me soltaron, a la mañana siguiente, procedí a finalizar mi recado y tras ponerme el zapato arreglado, me uní a un grupo que iba a recoger bayas y que me esperaban para que les hiciese de guía, y en media hora (pues aparejé el caballo con rapidez) estaba en medio de un campo de bayas, en una de nuestras colinas más altas, a 3 kilómetros de distancia, y allí no se veía al Estado por ningún lado. Ésta es la historia completa de "Mis Prisiones".

Nunca me he negado a pagar el impuesto de carreteras porque tan deseoso estoy de ser un buen vecino, como de ser un mal súbdito; y respecto del mantenimiento de las escuelas, estoy contribuyendo ahora a la educación de mis compatriotas. No me niego a pagar los impuestos por ninguna razón en concreto; simplemente deseo negarle mi lealtad al Estado, retirarme y mantenerme al margen. Aunque pudiera saberlo, no me importaría conocer el destino de mi dinero, hasta que se comprara con él a un hombre o a un mosquetón para matar –el dinero es inocente– pero me interesaría conocer las consecuencias que tendría mi lealtad. A mi modo, en silencio, le declaro la guerra al Estado, aunque todavía haré todo el uso de él y le sacaré todo el provecho que pueda, como suele hacerse en estos casos.

Si otros, por simpatía con el Estado, pagan los impuestos que yo me niego a pagar, están haciendo lo que antes hicieron por sí mismos, o por mejor decir, están llevando la injusticia más allá todavía de lo que exige el Estado. Si los pagan por un equivocado interés en la persona afectada, para preservar sus

bienes o evitar que vaya a la cárcel, es porque no han considerado con sensatez hasta qué punto sus sentimientos personales interfieren con el bien público.

Ésta, pues, es mi postura en estos momentos. Pero en tales casos hay que estar muy en guardia para evitar actuar llevado por la obstinación o por un indebido respeto a la opinión del prójimo. Lo que hay que comprender es que actuando así se está haciendo lo que uno debe y lo que corresponde a ese momento.

A veces pienso que estas personas tienen buenas intenciones, pero son ignorantes; serían mejores si entendieran todo esto.

¿Por qué obligar a tu vecino al esfuerzo de tratarte en contra de sus propias inclinaciones? Sin embargo, yo creo que ésta no es razón suficiente para que yo les imite o para que permita que otros sufran otras calamidades mucho mayores. A veces me digo a mí mismo: cuando muchos millones de hombres sin odio, sin mala voluntad, sin sentimientos personales de ningún tipo, os piden unas pocas monedas, y no existe la posibilidad –según su propia constitución– de retirar o alterar tal demanda, ni la posibilidad, por tu parte, de ayudar a otros millones, ¿por qué te tendrías que exponer a esta aplastante fuerza bruta? Tú no te resistes con esa obstinación al frío y al hambre, al viento y a las olas; sino que te sometes resignadamente a ésas y a otras muchas penalidades similares. No metes la cabeza en el fuego innecesariamente. Pero exactamente en la misma proporción en que considero que esta no es completamente una fuerza bruta, sino que es en parte una fuerza humana, y creo que tengo relaciones con esos millones, que son relaciones con millones de hombres, y no con simples animales o cosas inanimadas, veo que la apelación es posible, en primer lugar, y de modo inmediato, de ellos hacia su Creador; y en segundo lugar de ellos hacia sí mismos. Pero si deliberadamente meto la cabeza en el fuego, no hay apelación posible ni al fuego ni al Creador del fuego, y yo sólo sería responsable de las consecuencias. Si me pudiese convencer a mí mismo de que tengo el más mínimo derecho a sentirme satisfecho de los hombres tal como son, y tratarlos en consecuencia, y no, en cierto sentido, según mi convicción y mi esperanza de cómo ellos y yo deberíamos ser, entonces, como un buen Musulmán y fatalista me las arreglaría para quedarme tranquilo con las cosas tal como son, y diría que se trataba de la voluntad

de Dios. Y, sobre todo, hay una diferencia entre resistir a esto y a una mera fuerza animal o natural: al resistir a esto consigo algún efecto; pero no puedo esperar cambiar, como Orfeo, la naturaleza de las rocas, los árboles y las bestias.

No tengo interés en discutir con ningún hombre o nación. No deseo ser puntilloso y establecer distinciones sutiles; ni tampoco quiero presentarme como el mejor de mis conciudanos. Lo que yo busco, en cambio, es una excusa para dar mi conformidad a las leyes de este país. Estoy totalmente dispuesto a someterme a ellas. De hecho, siempre tengo razones para dudar de mi postura y cada año, cuando pasa el recaudador de impuestos, me dispongo a revisar las leyes y la situación de ambos gobiernos, el federal y el del Estado, así como la opinión del pueblo en busca de un pretexto para dar esa conformidad.

Debemos interesarnos por nuestro país como si fuera nuestro padre y si en algún momento nos negamos a honrarle con nuestro amor o nuestro esfuerzo, debemos, sin embargo, respetarle y educar al alma en cuestiones de conciencia y religión, y no en deseos de poder ni de beneficio propio.

Creo que el Estado podrá evitarme pronto toda esta preocupación, y entonces no seré más patriota que mis vecinos. Desde cierto punto de vista, la Constitución, con todos sus fallos, es muy buena; las leyes y los tribunales son muy respetables, incluso el gobierno federal y el de este Estado son, en muchos sentidos, admirables y originales; algo por lo que debemos estar agradecidos, tal como mucha gente los ha descripto. Pero si elevamos un poco nuestro punto de vista, en realidad no serían más que como los he descripto yo, y si nos elevamos aún más, ¿quién sabe lo que son o si merece la pena observarlos o pensar en ellos?

De todos modos, el gobierno no es algo que me preocupe demasiado, y voy a pensar muy poco en él. No son muchas las ocasiones en que me afecta directamente, ni siquiera en este mundo en que vivimos. Si un hombre piensa con libertad, sueña con libertad e imagina con libertad, nunca le va a parecer que *es* aquello que *no es*, y ni los gobernantes ni los reformadores ineptos podrán en realidad coaccionarle.

Sé que la mayoría de los hombres piensan de distinto modo, pero son aquéllos que se dedican profesionalmente al estudio de estos temas u otros semejantes, los que más me preocupan; los

estadistas y legisladores, que se hallan tan plenamente integrados en las instituciones que jamás las pueden contemplar con actitud clara y crítica. Hablan de cambiar a la sociedad, pero no se sienten cómodos fuera de ella. Puede que se trate de hombres de cierta experiencia y criterio, y, sin lugar a dudas, han inventado soluciones ingeniosas e incluso útiles, por lo que sinceramente les damos las gracias; pero todo su talento y su utilidad se encuentran dentro de límites muy reducidos. Suelen olvidar que al mundo no lo gobiernan ni la política ni la conveniencia. Webster jamás ve más allá del gobierno y por tanto no puede hablar de él con autoridad. Sus palabras las consideran válidas aquellos legisladores que no contemplan la necesidad de una reforma social en el gobierno actual, pero a los inteligentes y a los que legislan con idea de futuro les parece que ni siquiera vislumbra el problema.

Conozco a unos cuantos que con sus serenos y sabios argumentos sobre este tema pondrían de manifiesto cuán limitada es la capacidad de Webster para la reflexión y la apertura a nuevas ideas. Y, sin embargo, si lo comparamos con el pobre quehacer de los reformistas y el aún más pobre ingenio y elocuencia de los políticos en general, sus palabras resultarían ser las más sensatas y válidas, y damos las gracias al Cielo porque existen. En comparación con los otros, él es siempre fuerte, original y sobre todo práctico. Con todo, su mayor cualidad no es su sabiduría sino su prudencia. Lo que el abogado llama "verdad" no es la auténtica Verdad sino la coherencia o una conveniencia coherente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma y no se preocupa, al menos básicamente, de poner de relieve la justicia que pueda ser consistente con el mal. Bien merece que le llamen, como ha ocurrido, el Defensor de la Constitución. Los únicos golpes que ha dado, han sido siempre defensivos. No es un líder sino un seguidor. Sus líderes son los hombres del 87. "Nunca me he esforzado", dice, "y nunca pienso esforzarme; jamás he aprobado un esfuerzo, y no pienso hacerlo ahora, para alterar el acuerdo original por el cual los diferentes Estados llegaron a constituirse en la Unión". En cuanto al hecho de que la Constitución sancione la existencia de la esclavitud, dice: "Dado que forma parte del contrato original, dejémoslo como está". Pese a su especial agudeza y habilidad es incapaz de extraer un hecho

y sacarlo de sus meras implicaciones políticas, para contemplarlo de una manera exclusivamente intelectual (por ejemplo, lo que le tocaría hacer a un hombre hoy en América, en relación con el problema de la esclavitud) sino que más bien se aventura o se ve llevado a dar una respuesta tan descabellada como la siguiente, mientras anuncia que habla en términos absolutos y a título personal (y ¿qué nuevo sistema de valores sociales podríamos deducir de ahí?): "El modo", dice, "en que el gobierno de esos Estados donde existe la esclavitud hayan de regularla, es asunto suyo, responsabilidad suya ante sus electores, ante las leyes generales de lo que es apropiado, de la humanidad y de la justicia y ante Dios. Las asociaciones que puedan formarse en otros lugares surgidas de un sentimiento de humanidad o de otras causas, no tienen nada que ver con esta cuestión. Nunca han recibido mi apoyo y nunca lo tendrán".

Quienes no conocen otras fuentes de verdad más puras, quienes no han seguido su curso hasta sus orígenes, están, y con razón, del lado de la Biblia y la Constitución, y beben de ellas con reverencia y humildad. Pero aquéllos que van más allá y buscan el origen del agua que gotea sobre el lago o la charca, se ciñen los lomos una vez más y siguen su peregrinación en busca del manantial. No ha habido en América ni un solo hombre con genio para legislar. Son escasos en la historia del mundo. Hay centenares de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero el orador capaz de resolver los acuciantes problemas de hoy, aún no ha abierto la boca. Nos gusta la elocuencia por sí misma y no porque sea portadora de ninguna verdad o porque inspire cierto heroísmo. Nuestros legisladores aún no han aprendido el valor relativo que encierran el libre comercio y la libertad, la unión y la rectitud, para una nación. Carecen de genio o talento para cuestiones relativamente sencillas, como son los impuestos y las finanzas, el comercio, la industria y la agricultura. Si nos dejáramos guiar por la ingeniosa verborrea de los legisladores del Congreso, sin que la oportuna experiencia del pueblo y sus protestas concretas les corrigieran, América pronto dejaría de conservar su rango entre las naciones. El Nuevo Testamento se escribió hace mil ochocientos años –aunque tal vez no debería referirme a ello– y, sin embargo, ¿dónde está el legislador con

sabiduría y talento suficiente como para aprovechar la luz que de él dimana y aplicarla sobre la ciencia legislativa?

La autoridad del gobierno, aun aquélla a la que estoy dispuesto a someterme –pues obedeceré a los que saben y pueden hacer las cosas mejor que yo, y en ciertos casos, hasta a los que ni saben ni pueden– es todavía muy impura. Para ser estrictamente justa habrá de contar con la aprobación y consenso de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi persona y propiedad que el que yo le conceda. El progreso desde una monarquía absoluta a otra limitada en su poder, y desde esta última hasta una democracia, es un progreso hacia el verdadero respeto por el individuo. Incluso el filósofo chino fue lo suficientemente sabio como para considerar que el individuo es la base del imperio. ¿Una democracia, tal como la entendemos, es el último logro posible en materia de gobierno?

¿No es posible dar un paso adelante tendente a reconocer y organizar los derechos del hombre? Jamás habrá un Estado realmente libre y culto hasta que no reconozca al individuo como un poder superior e independiente, del que se deriven su propio poder y autoridad y le trate en consecuencia. Me complazco imaginándome un Estado que por fin sea justo con todos los hombres y trate a cada individuo con el respeto de un amigo. Que no juzgue contrario a su propia estabilidad el que haya personas que vivan fuera de él, sin interferir con él ni acogerse a él, tan sólo cumpliendo con sus deberes de vecino y amigo. Un Estado que diera este fruto y permitiera a sus ciudadanos desligarse de él al lograr la madurez, prepararía el camino para otro Estado más perfecto y glorioso aún, el cual también imagino a veces, pero todavía no he vislumbrado por ninguna parte.

II
Una vida sin principios[1]

No hace mucho experimenté en un ateneo la sensación de que el conferencista había elegido un tema que le era absolutamente desconocido y por tanto no conseguía interesarme tanto como hubiera sido de esperar. Hablaba de cosas de las que no estaba convencido y sus argumentos eran débiles y simples. Además no había un pensamiento central o centralizador a lo largo de la conferencia. Hubiera preferido que hablara de sus experiencias más íntimas, como hace el poeta. El mayor elogio que me dedicaron en toda mi vida fue cuando alguien me preguntó qué opinaba y esperó mi respuesta. Cuando ocurre algo así me sorprendo, aunque por supuesto me agrada, ya que se hace un uso tan poco corriente de mí, que siento como si se me conociera y respetara. Normalmente, si alguien quiere algo de mí, es sólo para saber cuántos acres mide su tierra –pues soy agrimensor– o, a lo sumo, para saber de qué noticias triviales me he enterado. Nunca parece interesar mi esencia, sino sólo mi superficie. Un hombre vino una vez desde bastante lejos para pedirme que diera una conferencia sobre la esclavitud, pero al hablar con él descubrí que su camarilla esperaba reservarse siete octavos de la conferencia y sólo un octavo sería para mí; por tanto decliné la invitación. Cuando se me invita a dar una conferencia en cualquier sitio –pues tengo cierta experiencia en ese menester– doy por supuesto que existe un deseo de oír mis opiniones sobre algún tema, aunque yo sea el mayor chiflado del país, y desde luego no de que me limite a decir sólo cosas agradables o aquello con lo que esté de acuerdo el auditorio. Con estas condiciones me comprometo a entregarles una fuerte dosis de mí

[1] "Life Without Principle", *The Athlantic Monthly*, vol. XII, núm. 62, 1863.

mismo. Me han venido a buscar y se han comprometido a pagarme; a cambio estoy dispuesto a entregarme a ellos, aunque les aburra lo indecible.

Así pues, ahora os diría algo similar a vosotros, lectores. Puesto que vosotros sois mis lectores y yo no he viajado mucho, no hablaré de gente a miles de kilómetros de distancia sino de aquéllos que están más cerca de nosotros. Como hay poco tiempo dejaré de lado la adulación y expondré todas las críticas.

Consideremos el modo como pasamos nuestras vidas. Este mundo es un lugar de ajetreo. ¡Qué incesante bullicio! Casi todas las noches me despierta el resoplido de la locomotora. Interrumpe mis sueños. No hay domingos. Sería maravilloso ver a la humanidad descansando por una vez. No hay más que trabajo, trabajo, trabajo. No es fácil conseguir un simple cuaderno para escribir ideas; todos están rayados para los dólares y los céntimos. Un irlandés, al verme tomar notas en el campo, dio por sentado que estaba calculando mis ganancias. ¡Si un hombre se cae por la ventana de niño y se queda inválido o si se vuelve loco por temor a los indios, todos lo lamentan principalmente porque eso le incapacita para... trabajar! Yo creo que no hay nada, ni tan siquiera el crimen, más opuesto a la poesía, a la filosofía, a la vida misma, que este incesante trabajar.

Un tipo codicioso, rudo y violento de las afueras de nuestra ciudad va a construir un muro al pie de la colina rodeando su propiedad. Las autoridades le han metido esto en la cabeza para evitar que origine otros problemas y él quiere que me pase tres semanas allí cavando a su lado. Al final, él quizás acaparará más dinero y se lo dejará a sus herederos para que éstos lo despilfarren. Si lo hago, muchos me alabarán por ser un hombre trabajador y laborioso, pero si me dedico a otras faenas que me proporcionan más beneficio, aunque menos dinero, comenzarán a mirarme como a un holgazán. De todos modos, como no necesito una política de trabajo inútil para ordenar mi vida, y no veo absolutamente nada digno de encomio en que este tipo emprenda más negocios que nuestro gobierno u otros gobiernos extranjeros, por muy divertido que le parezca a él o a ellos, yo prefiero terminar mi educación en una escuela diferente.

Si un hombre pasea por el bosque por placer todos los días, corre el riesgo de que le tomen por un haragán, pero si dedica el

día entero a especular cortando bosques y dejando la tierra árida antes de tiempo, se le estima por ser un ciudadano trabajador y emprendedor. ¡Como si una ciudad no tuviera más interés en sus bosques que el de talarlos!

La mayoría de los hombres se sentirían insultados si se les empleara en tirar piedras por encima de un muro y después volver a lanzarlas al otro lado, con el único fin de ganarse el sueldo. Pero hay muchos individuos empleados ahora mismo en cosas menos provechosas aún. Por ejemplo, antes del amanecer, una mañana de verano, divisé a un vecino mío caminando con su yunta de bueyes que cargaba lentamente una piedra grande colgando del eje. Parecía envuelto en una atmósfera de laboriosidad; comenzaba su jornada de trabajo y le sudaba la frente –un reproche para todos los gandules y vagos–. Se paró frente al lomo de uno de sus bueyes y dio media vuelta para ostentar su misericordioso látigo mientras ellos avanzaban hacia él. Y yo pensé: éste es el trabajo que debe proteger el Congreso americano, el esfuerzo honrado y viril, honrado como el discurrir diario del sol sobre nosotros que hace que tengamos pan fresco cada mañana y que la sociedad cultive la cordialidad, algo que todo el mundo respeta y venera: era un ser humano llevando a cabo una faena necesaria aunque penosa. Ciertamente sentí un leve reproche porque me limitaba a observar desde la ventana y no estaba afuera, realizando un trabajo semejante. Pasó ese día y por la noche crucé el patio de otro vecino que tiene muchos criados y despilfarra el dinero, al tiempo que no hace nada de provecho, y allí reconocí la piedra de por la mañana junto a una estructura extravagante pretendiendo adornar el patio de Lord Timothy Dexter e inmediatamente se desvaneció a mis ojos la dignidad del trabajo del carretero. A mi parecer, el sol luce cada día para alumbrar labores más provechosas que ésta. Debo añadir que poco después, el tal doctor Dexter se fugó dejando deudas por toda la ciudad y, tras pasar por los tribunales, se habrá establecido sin duda en cualquier otra parte para convertirse de nuevo en un mecenas de las artes.

Los caminos por los que se consigue dinero, casi sin excepción, nos empequeñecen. Haber hecho algo por lo que tan sólo se percibe dinero es haber sido un auténtico holgazán o peor aún. Si un obrero no gana más sueldo que el que le paga su patrón, lo están engañando, se engaña a sí mismo. Si ganaras dinero como

escritor o conferencista, sería que eres popular, lo cual implica un descenso perpendicular. Esos servicios por los que la comunidad está más dispuesta a retribuir, son los más desagradables de cumplir. Se te paga para que seas menos que un hombre. Normalmente el Estado no recompensa a un genio con más benignidad. Incluso el poeta laureado preferiría no tener que ensalzar los incidentes de la realeza. Se le tiene que sobornar con un tonel de vino, y tal vez se aparte de su musa a otro poeta para que beba de ese mismo tonel. Respecto a mis propios negocios, resulta que el tipo de trabajo de agrimensura que yo podría hacer con la mayor satisfacción, no satisface a los que me contratan. Ellos preferirían que hiciera un trabajo burdo y no demasiado bien, no lo suficientemente bien. Cuando hago notar que hay distintos modos de medir, mi patrón generalmente me pregunta cuál le proporcionaría más metros, no cuál es el más exacto. Una vez inventé una regla para cubicar la madera cortada en trozos de metro y traté de introducirla en Boston, pero el agrimensor de allí me dijo que los que vendían no deseaban que se midiera su madera con exactitud, que él era ya demasiado justo para ellos, y por tanto siempre medían su madera en Charlestown antes de cruzar el puente.

El propósito del obrero debería ser, no el ganarse la vida o conseguir "un buen trabajo", sino realizar bien un determinado trabajo y hasta en un sentido pecuniario sería económico para una ciudad pagar a sus obreros tan bien que no sintieran que están trabajando por lo mínimo, para seguir viviendo sin más, sino que trabajan por fines científicos o morales. No contrates a un hombre que te hace el trabajo por dinero, sino a aquél que lo hace porque le gusta.

Es significativo que existan pocos hombres tan bien empleados, que trabajen tan de acuerdo con sus intereses, que un poco de dinero o fama no les arranque de su tarea actual. Veo muchos anuncios para jóvenes activos, como si la actividad fuera la virtud fundamental de un joven. Sin embargo, me sorprendí cuando alguien me propuso en confianza, un hombre adulto, que me embarcara en una de sus empresas, como si yo no tuviera nada que hacer o mi vida hubiese sido un completo desastre hasta ese momento. ¡Qué dudoso cumplido me dedicó! ¡Como si me hubiese encontrado en medio del océano luchando contra el viento

y sin tener adónde dirigirme y me propusiera que le siguiera! Si lo hiciera, ¿qué creéis que dirían los hombres de las compañías de seguros? ¡No, no! No estoy sin empleo a estas alturas del viaje. A decir verdad, vi un anuncio para marineros con experiencia cuando era niño, paseando por mi pueblo natal, y en cuanto tuve la edad, me embarqué.

La comunidad carece del soborno capaz de tentar al hombre sabio. Podéis juntar dinero suficiente para perforar una montaña, pero no podréis juntar dinero suficiente para contratar el hombre que está ocupándose de sus asuntos. Un hombre eficiente y valioso hace lo que sabe hacer, tanto si la comunidad le paga por ello como si no le paga. Los ineficaces ofrecen su ineficacia al mejor postor y están siempre esperando que les den un puesto. Como podemos imaginar, raramente se ven contrariados.

Tal vez esté siendo más celoso que nunca de mi libertad. Siento que mi conexión y mi obligación para con la sociedad son aún débiles y transitorios. Esos leves trabajos que me reportan el sustento y por los cuales se me permite que sea útil de algún modo a mis contemporáneos, me son tan agradables que casi nunca recuerdo que son una necesidad. Hasta ahora voy teniendo éxito, pero preveo que si mis necesidades aumentan mucho, el trabajo requerido para satisfacerlas se convertirá en una labor penosa. Si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que vivir. Confío en que jamás venderé mi primogenitura por un plato de lentejas. Lo que pretendo sugerir es que un hombre puede ser muy trabajador y en cambio no emplear bien su tiempo. No hay mayor equivocación que consumir la mayor parte de la vida en ganarse el sustento. Todas las grandes empresas se automantienen. El poeta, por ejemplo, debe alimentar su cuerpo con la poesía al igual que la máquina de vapor del aserradero alimenta sus calderas con las virutas que produce. Debéis ganaros la vida amando. Pero lo mismo que se dice de los comerciantes que noventa y siete de cada cien fracasan, así la vida de los hombres, medida por este patrón, es generalmente un fracaso y se puede predecir el desastre.

Haber nacido heredero de una fortuna y nada más, no es nacer sino nacer muerto. Que a uno lo mantenga la caridad de los

amigos o una pensión del gobierno, supuesto que se sigue respirando, no importa qué hermosos sinónimos se empleen, es entrar en un asilo. Los domingos, el pobre deudor va a la iglesia a hacer recuento de sus bienes y descubre, como es lógico, que sus gastos han sido mayores que sus ingresos. En la Iglesia católica especialmente, acuden a los confesionarios, se confiesan y renuncian a todo y tratan de volver a empezar. De este modo los hombres se acostarán hablando alegremente del pecado y nunca harán un esfuerzo por levantarse.

Respecto a la ambición de los hombres en la vida, hay una diferencia importante entre dos tipos: unos están satisfechos con el éxito mínimo, con que sus modestas metas se alcancen de lleno; pero otros, por muy ínfima y desgraciada que sea su vida, elevan constantemente sus objetivos sobre el horizonte, aunque muy despacio. Preferiría con mucho ser el segundo de los dos, aunque como dicen los orientales: "La grandeza no se acerca al que siempre mira al suelo; y todos los que miran a lo alto, se están empobreciendo".

Es sorprendente que haya tan poco o casi nada escrito, que yo recuerde, sobre el tema de ganarse la vida; cómo hacer del ganarse la vida no sólo algo valioso y honorable sino también algo apetecible y glorioso, porque si ganarse la vida no es de ese modo esto no sería vivir. Cualquiera pensaría, revisando la literatura, que esta cuestión jamás turbó los pensamientos de un solo individuo.

¿Sucede acaso que la experiencia de los hombres es tan desagradable que no quieren hablar de ella? La lección más valiosa que enseña el dinero, la que nos ha enseñado el Creador del Universo con tanto esfuerzo, nosotros nos sentimos tentados a ignorarla. Y en cuanto a los medios de ganarse la vida, es maravilloso lo indiferentes que se muestran los hombres de todas las clases, incluso los llamados reformistas –tanto los que heredan, ganan el dinero o lo roban–. Al respecto, yo creo que la sociedad no ha hecho nada por nosotros y encima ha deshecho lo que habíamos conseguido. El frío y el hambre me parecen más acordes con mi naturaleza que esos métodos que han adoptado los hombres.

El adjetivo "sabio" está, por lo general, mal aplicado. ¿Cómo puede ser sabio el que no sabe mejor que otros cómo se ha de vivir?, ¿no será tan sólo un hombre más astuto y más sutil?, ¿opera

la sabiduría como el burro en una noria?, ¿o por el contrario nos enseña cómo tener éxito siguiendo su ejemplo?

¿Existe algún tipo de sabiduría que no se aplique a la vida?, ¿o es la sabiduría tan sólo el molinero que muele la lógica más fina? Es pertinente preguntarse si Platón se ganó la vida mejor o con mejores resultados que sus contemporáneos, ¿o sucumbió ante las dificultades de la vida como los demás hombres? ¿Sobresalió por encima de algunos por mera indiferencia o asumiendo aires de superioridad?, ¿o le resultó más fácil la vida porque su tía se acordó de él en su testamento? Las formas con las que la mayoría se gana la vida, es decir, viven, son simples tapaderas y un evitar el auténtico quehacer de la vida, y sucede así porque, en primer lugar, no saben; pero en parte también porque no quieren hacer nada por aprender algo mejor.

La afluencia masiva de buscadores de oro a California, por ejemplo, y la actitud no simplemente de los comerciantes, sino también de los filósofos y los profetas respecto a ella, refleja el gran desastre de la humanidad. ¡Que tantos esperen vivir de la suerte y así tener el modo de encargar el trabajo a otros menos afortunados y todo ello sin aportar nada a la sociedad! ¡Y a eso le llaman un negocio! No conozco desarrollo más sorprendente de la inmoralidad en el comercio y en los demás procedimientos habituales para ganarse la vida. La filosofía y la poesía y la religión de semejante humanidad no merecen el polvo de un bejín. El cerdo que se gana el sustento hozando, removiendo la tierra, se avergonzaría de tal compañía. Si yo pudiera disponer de la riqueza de todos los mundos levantando un dedo, no pagaría semejante precio por ella. Incluso Mahoma sabía que Dios no ha hecho este mundo en broma. Esto convierte a Dios en un acaudalado caballero que tira un puñado de monedas porque le gusta ver a los hombres arrastrarse por el suelo. ¡La lotería del mundo! ¡Subsistir en el reino de la Naturaleza, algo que debemos echar a suertes! ¡Vaya una crítica, vaya sátira para nuestras instituciones! La consecuencia será que toda la humanidad se colgará de un árbol. ¿Y es esto lo que nos han enseñado los preceptos de todas las Biblias? ¿Acaso el último invento de la raza humana y el más digno de admiración es un simple rastrillo para basura? ¿Es bajo estas premisas donde confluyen los orientales y los occidentales? ¿Fue Dios quien nos indicó que

ganáramos así la vida, cavando donde no plantamos, y que Él nos recompensaría acaso con una pepita de oro?

Dios entregó al hombre honrado un certificado capacitándolo para alimentarse y vestirse, pero el hombre malvado encontró un facsímil del mismo en los cofres de Dios, se apropió de él y obtuvo alimento y vestido como el primero. Es uno de los sistemas de falsificación más extendidos que conoce el mundo. Yo no sabía que la humanidad padeciera por falta de oro. Yo lo he visto en pequeña cantidad. Sé que es muy maleable, pero no tan maleable como el ingenio. Un grano de oro puede dorar una gran superficie, pero no tanto como un grano de buen juicio.

El buscador de oro en los barrancos de las montañas es tan jugador como su colega de los casinos de San Francisco. ¿Qué diferencia hay entre revolver el polvo o remover los dados? Si ganas, la sociedad pierde. El buscador de oro es el enemigo del trabajador honrado, sean cualesquiera las restricciones y las compensaciones que haya. No es suficiente que me digas que trabajaste mucho para conseguir el oro. También el Diablo trabaja intensamente. El camino de la transgresión puede ser difícil de muchas maneras. El más humilde espectador que vea una mina dirá que buscar oro es una especie de lotería, el oro obtenido de ese modo no es lo mismo que el sueldo del trabajo honrado. Pero, en la práctica, olvida lo que ha visto porque sólo percibe el hecho, no el principio, y entra en esa dinámica, es decir, compra un boleto en lo que resulta ser otra lotería aunque no tan obvia.

Una tarde, después de leer el relato de Howitt sobre los buscadores de oro en Australia, me quedaron grabados en la mente toda la noche los numerosos valles con sus arroyos, todo cortado por pozos pestilentes de tres a treinta metros de profundidad y cuatro metros de ancho, tan justos como les fue posible cavarlos y medio cubiertos de agua; el lugar al que se lanzan con furia muchos hombres para buscar fortuna, sin saber dónde deben abrir sus agujeros, sin saber si el oro está bajo su mismo campamento, cavando a veces cincuenta metros antes de dar con la veta o perdiéndola por centímetros, convertidos en demonios y sin respetar los derechos de los demás en su sed de riqueza. Valles enteros a lo largo de cincuenta kilómetros aparecen de repente como panales de miel por los pozos de los mineros, de

tal suerte que cientos de éstos mueren allí agotados. Metidos en el agua y cubiertos de barro y arcilla trabajan día y noche y mueren de frío y de enfermedad. Tras leer esto y habiéndolo olvidado en parte, me puse a pensar, por casualidad, en mi propia vida que me resulta tan poco satisfactoria, haciendo lo mismo que muchos otros y, con la visión de las excavaciones todavía en mi mente, me pregunté por qué no iba yo a lavar oro todos los días, aunque sólo fueran partículas mínimas, por qué no iba yo a trazar una galería hasta el oro de mi interior, y trabajar esa mina. Ahí está nuestro Ballarat y Bendigo. ¿Qué importa que la galería sea estrecha? De todos modos yo debo seguir el sendero, por muy solitario, estrecho y tenebroso que sea, por donde caminar con amor y respeto. Allí donde un hombre se separa de la multitud y sigue su propio camino, allí sin duda hay una bifurcación en la carretera, aunque los viajeros asiduos no vean más que un boquete en la empalizada. Su sendero solitario a campo a través resultará el mejor camino de los dos.

Muchos hombres se apresuran a ir a California y Australia como si el verdadero oro se encontrara en esa dirección. Al contrario, están yendo justo al lugar opuesto de donde se encuentra. Hacen prospecciones más y más lejos del lugar adecuado, y cuando creen que han triunfado resulta que son los más desafortunados. ¿No es aurífero nuestro suelo natal? ¿No riega nuestro valle un arroyo que viene de las montañas doradas? ¿No nos ha traído éste partículas resplandecientes y no ha formado pepitas desde antes incluso de las eras geológicas? Sí, por extraño que parezca, si un buscador se desvía buscando este auténtico oro del interior de las inexploradas soledades que nos rodean, no hay peligro de que alguno siga sus pisadas y se empeñe en suplantarlo. Puede incluso reclamar y excavar el valle entero, las parcelas cultivadas y sin cultivar, durante toda su vida, porque nadie le discutirá su derecho. No se meterán con sus artesas o sus herramientas. No se les confina en una propiedad de doce pies cuadrados, como en Ballarat, sino que puede cavar en cualquier sitio y lavar toda la tierra del mundo en sus gamellas.

Howitt dice lo siguiente del hombre que encontró la gran pepita de doce kilogramos en las excavaciones de Bendigo, en Australia: “Pronto empezó a beber, tomó un caballo y cabalgó

por los alrededores, casi siempre al galope, y cuando encontraba gente la llamaba para preguntarle si sabía quién era él y a continuación le informaba muy amable de que era el maldito miserable que había encontrado la pepita. Al final, cabalgando a todo galope, se estrelló contra un árbol, casi se salta los sesos". De todos modos, yo creo que no hubo ningún peligro en su caída porque ya se había saltado los sesos contra la pepita. Howitt añade: "Es un hombre completamente acabado". Pero es un ejemplo de esa clase. Todos éstos son hombres disipados. Escuchad algunos nombres de los lugares que excavan: "Llano del imbécil", "Barranco de la cabeza de carnero", "Vado del asesino". ¿No hay sátira en estos nombres?

Dejadlos que arrastren su mal ganada riqueza a donde quieran, yo creo que el lugar en que vivan será siempre el "llano del imbécil", si no el "vado del asesino".

La última fuente de nuestra energía ha sido el saqueo de sepulturas en el Istmo de Darien, una empresa que parece estar en sus comienzos porque, según referencias recientes, ha ganado la segunda votación en la comisión de Nueva Granada un decreto para regular este tipo de minas y un corresponsal del *Tribune* ha escrito: "En la estación seca, cuando el tiempo permita que la zona sea debidamente inspeccionada, no cabe duda de que se encontrarán otras ricas guacas (es decir, cementerios)". A los emigrantes les dice: "No vengáis antes de diciembre; tomad la ruta del istmo mejor que la de la Boca del Toro; no traigáis equipaje inútil, no carguéis con una tienda, un buen par de mantas será suficiente; un pico, una pala y un hacha de buena calidad será todo lo que necesitéis"; consejo que bien podría estar sacado de la "Guía de Burker". Y concluye con esta línea en bastardilla y letras mayúsculas: "Si os va bien en casa QUEDAOS AHÍ", que muy bien puede interpretarse: "Si estáis sacando bastante dinero de los expolios de los cementerios de vuestro estado, quedaos ahí".

¿Por qué ir a California por un lema? California es la hija de Nueva Inglaterra, criada en su propia escuela y en su iglesia.

Es sorprendente que de entre todos los predicadores haya tan pocos maestros de moral. Los profetas están dedicados a perdonar el comportamiento de los hombres. Muchos reverendos de edad avanzada, los *illuminati* de esta era, me dicen con

una sonrisa amable y cordial, entre un suspiro y un estremecimiento, que no sea demasiado blando con estas cosas, que lo aglutine todo, es decir, que haga con todo esto un lingote de oro. El mejor consejo que he oído sobre estos temas era rastrero. A grandes rasgos era esto: no merece la pena emprender una reforma del mundo en ese particular. No preguntes cómo se consigue la mantequilla para tu pan; se te revolverá el estómago al enterarte, y cosas parecidas. Le sería mejor a un hombre morir de hambre, que perder su inocencia en el proceso de conseguir el pan. Si dentro del hombre sofisticado no hay otro ingenuo, entonces se trata de uno de los ángeles del diablo. Al hacernos viejos, vivimos con menos rigidez, nos relajamos un poco de la disciplina y de algún modo dejamos de obedecer nuestros instintos más puros. Pero deberíamos ser escrupulosos hasta el extremo de la cordura, despreciando la mofa de aquéllos que son más desafortunados que nosotros.

Incluso en nuestra ciencia y filosofía no existe por lo general una sola verdad objetiva de las cosas. El espíritu de secta y la intolerancia han puesto sus pezuñas en medio de las estrellas. Sólo tenéis que discutir el problema de si las estrellas están deshabitadas o no, para descubrirlo. ¿Por qué tenemos que embadurnar los cielos como hicimos con la tierra? Fue triste descubrir que el doctor Kane era masón y que Sir John Franklin lo era también. Pero es más duro aún pensar que posiblemente ésa fue la razón por la que el primero fue en busca del segundo. No hay ninguna revista popular en este país que se atreva a publicar la opinión de un niño sobre cuestiones de cierta importancia sin hacer algún comentario. Todo debe someterse a los doctores en teología. Yo preferiría que lo sometieran a la opinión de los arrapiezos.

Uno vuelve del funeral de la humanidad para asistir a un fenómeno natural. Una pequeña idea entierra a todo el mundo.

No conozco a casi ningún intelectual que sea tan abierta y auténticamente liberal que se pueda hablar con libertad en su presencia. La mayoría de aquéllos con los que intento hablar pronto se ponen a atacar una institución en la que tienen algún interés, es decir, tienen un punto de vista particular, no universal. Interpondrán continuamente su propio tejado con un estrecho tragaluz para ver el cielo, cuando es el cielo lo que deberían contemplar sin obstáculo alguno. ¡Yo os digo, quitad de en me-

dio vuestras telarañas, limpiad vuestras ventanas! En algunos ateneos me dicen que han aprobado la exclusión del tema de la religión y si estoy tocando ese tema o no. He llegado a tener mucha experiencia y he hecho todo lo posible por reconocer con franqueza mi propia vivencia de la religión, de tal modo que mi auditorio nunca sospecha el origen de mis ideas. El conferenciante era tan inofensivo para ellos como la luz de la luna. En cambio si les hubiera leído la biografía de los grandes pícaros de la historia, habrían pensado que había escrito las vidas de los diáconos de su iglesia. Por lo general, la pregunta es: ¿De dónde vino usted?, o ¿adónde va? Hay una pregunta más pertinente aún que le hicieron una vez a dos personas de mi auditorio: "¿A favor de qué es la conferencia?" Todo mi cuerpo se estremeció. Para ser imparcial, los mejores hombres que conozco no están tranquilos, no son todo un mundo en sí mismos. En general, se preocupan de los modales y adulan y estudian las situaciones con más perspicacia que el resto. Seleccionamos el granito para los cimientos de nuestras casas y establos, construimos vallas de piedra, pero nosotros no nos asentamos sobre un entramado de verdad granítica, la más elemental roca primitiva. Nuestras vigas están podridas. ¿De qué pasta está hecho ese hombre que no se corresponde en nuestro pensamiento con la verdad más pura y sutil? A menudo acuso a mis mejores amigos de una inmensa frivolidad, porque mientras que hay buenos modales y cumplidos que no respetamos, no nos enseñamos unos a otros las lecciones de honradez y sinceridad que enseñan los animales, o las elecciones de estabilidad y solidez que proceden de las rocas. La culpa es, sin embargo, habitualmente mutua porque, por lo general, no nos exigimos más unos de otros.

¡Esa agitación en torno a Kossuth, observad qué típica, pero qué superficial fue! Simplemente otro tipo de política o de baile. Se le dedicaron discursos por todo el país, pero todos expresaban la opinión o la falta de opinión de la multitud sin más. Nadie mantuvo la verdad. Se agruparon en una camarilla como de costumbre: unos se apoyaban en otros y todos juntos en nada. Del mismo modo los hindúes colocan el mundo sobre un elefante, el elefante sobre una tortuga y la tortuga sobre una serpiente y no tienen nada que poner bajo la serpiente. Como fruto de toda esa agitación tenemos el sombrero de Kossuth.

Así de vacía e ineficaz es nuestra conversación cotidiana. Lo superficial lleva a lo superficial. Cuando nuestra vida deja de ser íntima y privada, la conversación degenera en simple cotilleo. Es difícil conocer a un hombre que te cuente una noticia que no haya aparecido en un periódico o que no se la haya contado su vecino y, la mayoría de las veces, la única diferencia entre nosotros y nuestro amigo es que él ha leído el periódico o salido a tomar el té, y nosotros no. En la misma medida que nuestra vida interior fracasa, vamos con más constancia y desesperación a la oficina de correos. Puedes estar seguro de que el pobre tipo que se aleja con el mayor número de cartas, orgulloso de su abultada correspondencia, no ha sabido nada de sí mismo desde hace tiempo.

Yo creo que leer un periódico a la semana es ya demasiado. Lo he intentado recientemente y me parecía que todo este tiempo no había vivido en mi región natal. El sol, las nubes, la nieve, los árboles no me dicen tanto. No puedes servir a dos amos. Requiere más de un día de atención conocer y poseer el valor de un día.

Podemos, con razón, avergonzarnos de decir las cosas que hemos leído u oído. No sé por qué mis noticias tienen que ser tan triviales, teniendo en cuenta que abrigamos sueños e ilusiones, nuestro progreso no debería ser tan insignificante. Las noticias que oímos no son, en su mayoría, interesantes. Son repeticiones vacías. A menudo nos sentimos tentados de preguntar por qué se da tanto énfasis a una experiencia personal que hemos tenido. ¿Por qué después de veinticinco años, tenemos que volver a encontrar en nuestro camino a Hobbins, Registrador de Sucesos? ¿No hemos avanzado ni un centímetro, acaso? Así son las noticias diarias. Los acontecimientos flotan en la atmósfera insignificantes como las esporas de los helechos, y caen sobre un talo abandonado o sobre la superficie de nuestros montes que les proporcionan una base en la que crecer como parásitos. Deberíamos librarnos de tales noticias. ¿De qué serviría, en el caso de que explotara nuestro planeta, que hubiera un personaje involucrado en la explosión? Si somos sinceros no tendremos la menor curiosidad por tales sucesos.No vivimos para divertirnos estúpidamente. Yo no correría a la vuelta de la esquina para ver el mundo explotar.

Todo el verano e incluso el otoño, tal vez os hayáis olvidado inconscientemente del periódico y de las noticias, y ahora descubrís que era porque la mañana y la tarde estaban llenas de noticias. Vuestros paseos estaban llenos de incidentes. No os interesaban los asuntos de Europa, sino los asuntos de los campos de Massachusetts. Si tenéis la suerte de existir, de vivir y moveros dentro de ese estrecho ámbito en el que se filtran los acontecimientos que constituyen las noticias –un ámbito más estrecho que la fibra de papel en el que se imprimen–, entonces estas cosas llenarán vuestro mundo, pero si os eleváis por encima de ese plano u os sumergís muy por debajo de él, ya no las recordaréis más, ni ellas a vosotros. La realidad es que ver salir el sol cada día y verlo ponerse, participar de ese modo en el curso del universo os conservará sanos para siempre. ¡Naciones! ¿Qué son las naciones? ¡Tártaros, hunos y chinos! Pululan como insectos. El historiador lucha en vano por hacerlos memorables. Hay muchos hombres pero ni uno solo que lo sea auténticamente. Son los individuos los que pueblan el mundo. Cualquier hombre que piense, puede decir con el Espíritu de Loda:

Desde la altura miro a las naciones
Y observo cómo se convierten en cenizas;
Mi vivienda en las nubes es tranquila,
Son placenteros los grandes campos de mi descanso.

Os lo ruego, dejadnos vivir sin ser arrastrados por perros, como hacen los esquimales, cruzando a través de colinas y valles, y mordiéndose las orejas unos a otros.

No sin un leve temblor de miedo, a menudo me doy cuenta de la facilidad con la que mi mente admite los detalles de cualquier asunto trivial, las noticias de la calle; y me asusta observar con qué facilidad la gente abarrota sus mentes con tales basuras y deja que rumores e incidentes ociosos e insignificantes se introduzcan en un terreno que debiera ser sagrado para el pensamiento. ¿Debe ser mi mente un escenario público donde se discutan los asuntos de la calle y los cotilleos de la sobremesa?, ¿o debería ser una estancia del cielo mismo, un templo hipetro consagrado a servir a los dioses? Me resulta tan difícil deshacer-

me de los pocos datos importantes; sólo una mente divina me lo podría aclarar. Así son, en general, las noticias de los periódicos y de las conversaciones. Es importante conservar la castidad de la mente al respecto. ¡Pensad que aceptarais en vuestras mentes los detalles de un solo caso de la sala de lo criminal, profanando su *sanctum sanctorum* durante una hora o muchas horas! ¡Hacéis de lo más íntimo del apartamento de vuestra mente, una sala de los tribunales, como si todo este tiempo el polvo de la calle nos hubiera cubierto, como si la calle misma con todo su tráfico, su ajetreo y suciedad hubieran atravesado el santuario de nuestros pensamientos! ¿No sería ése un suicidio intelectual y moral? Cuando me he visto obligado a sentarme como espectador y oyente en un tribunal de justicia durante varias horas, y he visto a mis vecinos, entrando y saliendo a hurtadillas y caminando de puntillas con las manos y el rostro bien lavados, me parecía en ese momento que, al quitarse los sombreros, sus orejas crecían rápidamente hasta convertirse en grandes tolvas auditivas entre las cuales se apretaban sus pequeñas cabezas. Como aspas de molinos de viento, captaban las ondas de sonido, que tras algunas vueltas que les excitaban en sus cerebros dentados, salían por el otro lado. Yo me preguntaba si al llegar a casa prestaban la misma atención a limpiarse las orejas que antes habían prestado a lavarse las manos y los rostros. Me pareció entonces, que el público y los testigos, el jurado y el abogado, el juez y el criminal de la sala –si se me permite considerarlo culpable antes del veredicto–, eran todos igualmente criminales, y yo hubiera deseado que un rayo los alcanzara y los aniquilara a todos.

Evita con todo tipo de trampas y señales, amenazando con el peor castigo divino, que alguien profane ese terreno que para ti es sagrado. ¡Es tan difícil olvidar todo eso que es inútil guardar en la memoria! Si tengo que ser un camino, prefiero serlo por torrentes, por arroyos del Parnaso que por alcantarillas de ciudad. Existe la inspiración, ese chismorreo que llega al oído de la mente atenta desde los patios celestiales. Existe otra revelación profana y caduca, la de las tabernas y la comisaría de policía. El mismo oído es capaz de captar ambas comunicaciones. El criterio del que escucha es el que debe determinar cuál oír y cuál no. Yo creo que la mente se puede profanar permanentemente con

el hábito de escuchar cosas triviales, de modo que todos nuestros pensamientos se teñirán de trivialidad.

Nuestro propio intelecto debería ser de asfalto, es decir, debería tener un suelo firme para que las ruedas se deslizaran fácilmente, y si quieres saber cómo darle mejor consistencia a la carretera, mejor que la que se consigue con cantos rodados, con traviesas de abeto o con asfalto, lo que tienes que examinar son algunas de nuestras mentes que se han visto sometidas tanto tiempo a este tratamiento.

Si nos hemos profanado nosotros mismos –¿y quién no?– el remedio será la cautela y la devoción para volver a consagrarnos y convertir de nuevo nuestras mentes en santuarios. Deberíamos tratar nuestras mentes, es decir, a nosotros mismos, como a niños inocentes e ingenuos y ser nuestros propios guardianes, y tener cuidado de prestar atención sólo a los objetos y los temas que merezcan la pena. No leáis el *Times*, leed el *Eternidades*. Los convencionalismos son a la larga tan malos como la mezquindad. Incluso los datos científicos pueden manchar la mente con su aridez, a no ser que os las limpiéis cada mañana, o las fertilicéis con el rocío de la verdad fresca y viva. La sabiduría no llega hasta nosotros por los detalles sino a través de rayos de luz procedentes del cielo. Sí, todo pensamiento que cruza la mente comporta un desgaste irreversible y un profundizar los baches que, como en las calles de Pompeya daban muestra del uso que se les dio. Cuántas cosas hay sobre las que deberíamos deliberar para decidir si las aceptamos o no. ¡Mejor hubiéramos dejado que los carromatos de los vendedores ambulantes avanzaran a un trote muy lento, incluso al paso, por ese puente glorioso de la mente por el que confiamos pasar al final del último instante de nuestra vida a la orilla más próxima de la eternidad! ¿Tan sólo tenemos habilidad para vivir como zafios y para servir al Diablo y nada de cultura ni delicadeza? ¿Para adquirir riquezas mundanas o fama o libertad, y dar una falsa imagen a los demás, como si fuéramos todo cáscara y concha, sin un corazón tierno y vivo dentro de nosotros? ¿Por qué tienen que ser nuestras instituciones como esas nueces hueras que sólo sirven para pincharse los dedos?

Se dice que América va a ser el campo de batalla donde se librará la batalla por la libertad, pero en realidad no puede ser que se refieran a libertad en un sentido exclusivamente político. Incluso si aceptamos que el americano se ha librado de un tirano político, todavía es esclavo de un tirano económico y moral. Ahora que la república *–la res publica–* está instituida, es hora de buscar la *res privata* –los asuntos privados– para cuidar de que, como el senado romano aconsejaba a sus cónsules: "*ne quid res-PRIVATA detrimenti caperet*", los asuntos privados no sufran deterioro alguno.

¿Llamamos a ésta la tierra de los hombres libres? ¿Qué supone ser libres respecto del rey George y seguir siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué sentido tiene nacer libres y no vivir libres?

¿Cuál es el valor de una libertad política sino el de hacer posible la libertad moral? ¿Alardeamos de la libertad de ser esclavos o de la libertad de ser libres? Somos una nación de políticos y nos preocupamos sólo por una defensa superficial de la libertad. Los hijos de nuestros hijos tal vez se sientan un día realmente libres. Nos sometemos a impuestos injustos. Hay un grupo de entre nosotros que no está representado. Son impuestos sin representación. Nosotros alojamos a las tropas, a tontos y ganado de todas clases. Alojamos nuestros cuerpos bastos en nuestras pobres almas, hasta que los primeros consumen toda la sustancia de las segundas.

Con respecto a la auténtica cultura y a la hombría de bien, somos aún esencialmente provincianos porque no adoramos la verdad sino el reflejo de la verdad; porque estamos pervertidos y limitados por una devoción exclusiva al negocio y al comercio y a las fábricas y a la agricultura y cosas semejantes, que son sólo medios y no fines.

De esta manera es también provinciano el Parlamento inglés. Simples paletos que se traicionan unos a otros cada vez que se les presenta un asunto importante que resolver: el problema irlandés, por ejemplo. ¿Por qué no lo llamé el problema inglés? Sus naturalezas se corrompen en contacto con la propia bajeza de los temas que tratan. Su "buena crianza" respeta sólo cuestiones secundarias. Los mejores modales del mundo pasan a ser fatuos y torpes al compararlos con una inteligencia superior. Su apariencia no es sino como la de las modas de otros

tiempos: simples cortesías, genuflexiones y calzas hasta la rodilla pasadas de moda. Es el vicio y no los modales exquisitos lo que hace que pierdan la firmeza de carácter. En realidad no son más que ropas desechadas o conchas huecas clamando por el respeto que se debía al ser que las habitaba. Se os regala la concha en lugar de la carne y no es excusa que, en el caso de ciertos moluscos, las conchas tengan más valor que la carne. El hombre que me impone sus buenos modales actúa como si se empeñara en mostrarme el cuarto de sus colecciones, cuando lo que yo quería era verle a él. No fue éste el sentido con el que el poeta Decker llamó a Cristo "el primer auténtico caballero que jamás haya existido". Repito que en este sentido la corte más gloriosa de la cristiandad es provinciana, pues sólo tiene autoridad para decidir sobre intereses transalpinos, y no sobre los asuntos de Roma. Un pretor o un procónsul sería suficiente para resolver los problemas que acaparan la atención del Parlamento inglés y del Congreso americano.

¡Gobierno y legislación! A éstas las consideraba yo profesiones respetables. Hemos oído hablar en la historia del mundo de Numas, Licurgos y Solones de origen divino, nombres que pueden al menos representar legisladores ideales; ¡pero pensad lo que supone dictar las normas para producir esclavos o exportar tabaco! ¿Qué tienen que ver los legisladores divinos con la importación o la exportación del tabaco? ¿Y los legisladores humanos con respecto a la producción de esclavos? Suponed que tuvieseis que someter esa cuestión a un hijo de Dios, ¿no tiene Él ningún hijo en el siglo XIX? ¿Se trata de una familia extinguida? ¿Con qué condiciones la recuperaríais? ¿Qué dirá el estado de Virginia el último día cuando éstas han sido sus principales y básicas cosechas? ¿Qué lugar ocuparía el patriotismo en semejante Estado? Tomo los datos de las estadísticas que han publicado los propios estados.

¡Un comercio que surca los mares para comprar nueces y pasas, y que incluso esclaviza a los marineros con este propósito! El otro día vi un barco que había naufragado y en el cual se habían perdido muchas vidas y su cargamento de ropas, nebrinas y almendras amargas. ¡América va al Viejo Mundo por sus frutos amargos! ¿No es el mar o el naufragio lo bastante amargo como

para hacer que la savia de la vida se vierta en ellos? Sin embargo, así es en su mayor parte nuestro ensalzado comercio y hay algunos que todavía se consideran estadistas y filósofos y que están tan ciegos que piensan que el progreso y la civilización dependen, precisamente, de este tipo de intercambio y de tal actividad que más bien parece la actividad de las moscas alrededor de una cuba de melaza. Sería estupendo, alguien ha dicho, que los hombres fueran ostras y estupendo, le contestaría yo, si fueran mosquitos.

El teniente Herndon, enviado por nuestro gobierno a explorar el Amazonas y según parece, a extender el área de esclavitud, advirtió que allí hacía falta "una población laboriosa y activa que conozca las comodidades de la vida y que tenga necesidades artificiales que le induzcan a extraer del país sus múltiples recursos". Pero, ¿cuáles son esas "necesidades artificiales" a estimular? No son el amor a los lujos como el tabaco y los esclavos, tan abundantes en su Virginia natal; ni el hielo y el granito y otras riquezas materiales de nuestra Nueva Inglaterra natal. Ni tampoco son "los grandes recursos de un país" la fertilidad o la esterilidad del suelo que los produce. La necesidad básica de todo estado donde he vivido es la elevada y seria ambición de sus habitantes. Esto es lo único que desarrolla "los grandes recursos" de la Naturaleza y que, a la larga, le exige explotarlos por encima de sus posibilidades, porque desde luego el hombre se mueve con el curso natural de las cosas. Cuando preferimos la cultura a las patatas y el entendimiento a las ciruelas, entonces los grandes recursos del mundo se extraen y el resultado o la producción básica no son esclavos ni obreros sino hombres: esos escasos frutos que llamamos héroes, santos, poetas, filósofos y redentores.

En resumen, al igual que se forman los ventisqueros cuando cesa el viento, así mismo cuando cesa la verdad surge, una institución. Pero la verdad sigue soplando por las alturas y, al final, acaba por destruirla.

Eso que llaman política es algo tan superficial y poco humano que en la práctica nunca he reconocido que me interesara. Los periódicos, según veo, dedican varias columnas gratuitamente a la política o a los asuntos de gobierno y esto, diría yo, es lo que los salva. Pero como yo amo la literatura y en cier-

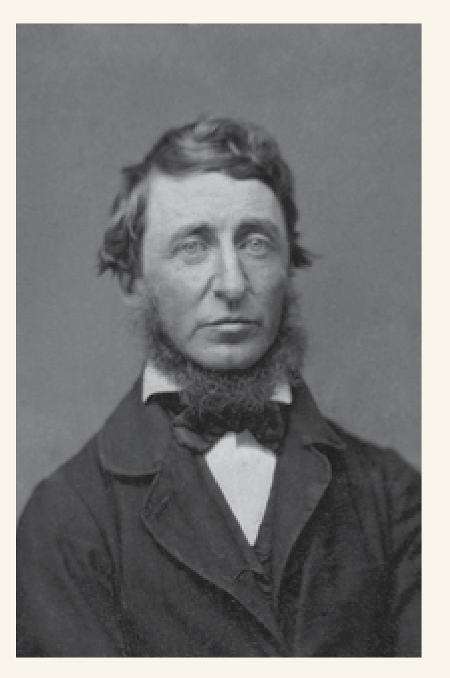
to modo también la verdad, no leo nunca esas columnas. No quiero embotar hasta ese punto mi sentido de la justicia. No tengo que rendir cuentas por haber leído un solo *Mensaje del Presidente*. ¡Ésta es una época extraña del mundo, en la que los imperios, los reinos y las repúblicas vienen a pedir a la puerta de un hombre corriente y le cuentan sus problemas al oído! No puedo tomar el periódico sin encontrarme con que un desdichado gobierno, acorralado y en sus últimos días me está pidiendo a mí, el lector, que le vote, más inoportuno que un mendigo italiano y si se me ocurre leer su certificado, escrito tal vez por el secretario de un comerciante benévolo o por el patrón del barco que le trajo –puesto que no sabe ni una palabra de inglés–, probablemente me informaría de la erupción de un Vesubio, o el desbordamiento de un Po, verdadero o inventado, que le redujo a esta situación. Y en tal caso no dudo en sugerirle que trabaje o que acuda a un asilo. ¿O si no, por qué no mantiene su vida privada en silencio, como hago yo normalmente? El pobre Presidente, entre conservar su popularidad y cumplir con su deber, se encuentra perplejo. Los periódicos son el poder dominante. Cualquier otro gobierno se reduce a unos cuantos infantes de marina de Fort Independence. Si un hombre se niega a leer el *Daily Times* el gobierno se pondrá de rodillas ante él porque esa es la única traición en estos tiempos.

Las cosas que más acaparan la atención de los hombres, como la política y la rutina diaria son realmente funciones vitales para la sociedad humana, pero deberían realizarse inconscientemente como sucede con las correspondientes funciones del cuerpo físico. Son infrahumanas, una especie de vegetación. A veces me despierto en una semiconsciencia y las noto funcionar del mismo modo que alguien puede sentirse consciente de algunos procesos de digestión en un estado mórbido, y llegara así a lo que llaman la dispepsia. Es como si un pensador se sometiera a ser digerido por la gran molleja de la creación. La política es, por así decirlo, la molleja de la sociedad, está llena de arena y grava y los dos partidos políticos son sus dos mitades enfrentadas. A veces se dividen en cuatro y entonces se restriegan unas contra otras. No sólo los individuos sino también los Estados han confirmado de este modo su dispepsia, lo cual se manifiesta por una inusitada sonoridad que podéis imaginar. Nuestra vida

no es únicamente un olvidar, sino también, en gran medida, un recordar aquello de lo que nunca debimos ser conscientes, al menos no en nuestras horas de vigilia. ¿Por qué no nos reunimos alguna vez, no como dispépticos, para contarnos nuestros malos sueños, sino como eupépticos, para congratularnos mutuamente por el glorioso amanecer de cada día? No pido nada exorbitante, os lo aseguro.

Desobediencia civil y otros textos, de Henry David Thoreau,
se terminó de imprimir en diciembre de 2014 en los talleres de
Amaquemecan. La edición consta de 1000 ejemplares impresos
sobre papel *cultural* de 90 gramos; en su composición se
utilizaron tipos Berkeley Oldstyle de 10 y 14 puntos

Henry David Thoreau



El hecho es conocido: en 1846, Thoreau se negó a pagar sus impuestos, motivo por el cual fue encarcelado en la prisión de Concord. Mediante este acto, expresó su opinión ante lo que consideraba una injusticia y una ilegalidad, negándose a colaborar con un Estado que mantenía el régimen de la esclavitud y emprendía guerras injustificadas, en específico, contra México.

Desde la cárcel pudo forjar una postura crítica en contra del gobierno. El resultado fue el ensayo *Desobediencia civil*, con el cual sentó las bases de la protesta pacífica.. "¿Cómo puede estar satisfecho un hombre por el mero hecho de tener una opinión y quedarse tranquilo con ella?", se pregunta en el texto. Actualmente, es más necesario que nunca leer a Thoreau y cuestionar, como lo hizo en su época, la función del Estado y el papel de los ciudadanos ante las injusticias.



Pietro Ameglio

Académico y activista social. Maestro en Historia Contemporánea, Identidad y Cultura (UAEM). Ha formado parte de diferentes movimientos en resistencia, por luchas ambientales, de justicia y paz.

Gabriela Amor

Pasante de la Licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales de la UNAM. Actualmente reside en la Península de Yucatán, donde desarrolla proyectos de educación autónoma, soberanía alimentaria y teatro popular.








ISBN: 978-607-8332-78-6